EL ABANDONO DE LOS SAGRARIOS ACOMPAÑADOS

Manuel González



Biblioteca de formación para católicos

I. Contra qué y para qué se escribe este libro

128. Se escribe contra un mal tan grave como poco conocido y reparado. ¡El abandono de los Sagrarios acompañados!

Ved aquí un tema de conversación que, sin acertar a explicarme enteramente el por qué, vengo ha tiempo rehusando y deseando tratar.

Quizá el temor de que mis palabras den ocasión o pongan en peligro de disminuir la compañía que ya se da al Sagrario, sin conseguir disminuir los abandonos con que a las veces, ¡y ojalá no fueran tantas!, van mezcladas esas compañías, me haya tenido en este estado de perplejidad entre hablar o callar.

Idea obsesionante

129. Os confieso que es idea que me ocupa y me llena, que se me comprueba con harta frecuencia, y de hartos modos, y que llega hasta a punzarme y ponerme triste, sin que haya podido evitar que alguna vez al correr de la pluma, se hayan escapado por los puntos de ésta algunas gotas de la amargura que aquella idea levanta en mi corazón.

¡Tengo tan clavada en él la mirada angustiada de Jesús **solo** en medio de muchedumbres *cristianas!*

¡Se va metiendo tanto y tan hondamente en mi alma la persuasión y la compasión de esa soledad!

Mas, por otra parte, he podido comprobar que eso de hablar de Sagrarios abandonados es *lenguaje tan duro* para muchos oídos cristianos, que, antes de reconocer la dolorosa, es verdad, pero indiscutible realidad de ellos, hay muchos, muchos de éstos que rotundamente lo niegan, temerosamente lo limitan, torcidamente lo explican o airadamente exigen que se deje de hablar y de escribir de eso como de cosa que *escandaliza.*

Y si esto ocurre con hechos de una actualidad y de un relieve y de una repetición tales que bastan los ojos de la cara para enterarse de ellos, ¿qué acontecería con hechos, más sentidos que presenciados, más adivinados que vistos a plena luz, más echados de menos que de más?

Y ése es el hecho del **abandono del Sagrario acompañado:** hecho tan cierto, no pocas veces, como merecedor de todas las lágrimas de desagravio de los ojos amantes y de todos los corazones buenos...

Lo que me decide a hablar

130. En estas vacilaciones me hallaba cuando llega a mi mesa de trabajo esa carta, que vais a leer. El ser un sacerdote, un Párroco que son entre los sacerdotes los que llevan las preferencias de mi cariño, quien la escribe, sin conocerme y sin que yo le conozca, y el acento de sincera curiosidad, de cariñosa e inquieta solicitud al para que dé deferente afecto, han sido como la gota de agua que ha hecho rebosar el vaso de mis deseos de hablar y... voy a hacerlo.

Una carta

131. Ved la carta y que sirva de prólogo de esta serie de ratos de conversación que con vosotros quiero echar sobre el tan interesante como escabroso tema de este libro:

S. de B. (Burgos) 12 de abril de 1921

Ilmo. Sr. Obispo de Málaga:

Ilmo. Sr.: En el número 60 de "Narraciones eucarísticas de las Marías de Burgos", correspondiente al mes de marzo de 1921, acabo de leer un artículo de Su Ilustrísima, copiado de El GRANITO, titulado *"En el aniversario de la Obra. Un punto de meditación para muchas Comuniones de Marías"*, y cuyo tema es el giro sugestivo y sorprendente de **"el abandono de los Sagrarios acompañados".**

Lo voy leyendo muchísimas veces, y cada vez que lo leo me gusta más, y pienso leerlo todavía con más frecuencia. Para mí es el mejor artículo que he leído de los muchos escritos de Su Ilustrísima. Claro está que este juicio crítico no tiene valor académico...

Se me ocurre decirle que este artículo necesita ampliación y debe explanarle del todo, desarrollando más largamente el significado o sentido de las palabras "¡almas-hostias!".

Ya que Su Ilustrísima, como Obispo, está viendo y sintiendo la extensión e intensidad de ese abandono, haga también la obra de misericordia de enseñarnos a sentir y a ver todo ese extenso e intenso abandono, para que sepamos todos tener con Jesús Sacramentado la compañía íntima de la imitación y de la inmolación.

Hágalo así. Y esas luces y esos sentires que, como Obispo ve y siente, sáquelos a la luz pública para que aprendamos a ser verdaderos acompañantes del santísimo Sacramento. Y lo que escriba en este sentido, será la obra complementaria o parte segunda del **"Aunque todos... yo no...".**

Con estas esperanzas se ofrece a Su Ilma. atento s.s. y c., D.Z.G., Párroco".

Ya está dicho en esta carta para qué se escribe este libro: Para enterar de ese abandono a los no enterados, interesar más a los enterados y mover a sacerdotes, Marías, Discípulos de san Juan y a las almas eucarísticas todas, a pelear contra él con la reparación más activa y la compasión mas sentida.

ángeles de los Sagrarios, reparadores silenciosos de esos abandonos de que las gentes no se dan cuenta, ayudadme a descubrir ese mundo de tristezas sin consuelo del Sagrario, conocido a medias y a introducir en él a muchos, muchos cristianos.

Madre Inmaculada, la que nunca abandonó y siempre supo dar al Corazón de su Hijo lo que esperaba y pedía, da virtud a estas paginillas de formar almas con las que *cuente siempre* tu Jesús en cada hora de su vida de Sagrario...

Cómo quisiera yo que se leyeran estas páginas

132. Yo quisiera que este libro se leyera muy despacio, y con el alma muy llena de la presencia real de Jesús vivo en el Sagrario, para dejar tiempo a que la cabeza se *entere,* el corazón *se mueva* y la gracia de Dios *obre* y después de leído así, que se rumie en oración afectuosa ante el Sagrario.

II. Por qué se habla tan poco del abandono de los Sagrarios acompañados

Horror del nombre

133. Puesto a escribir sobre esta especie de paradoja de *abandono* en la *compañía* de los Sagrarios, quiero comenzar por la explicación de los términos que empleo, que en buena dialéctica debe ser el comienzo de toda cuestión.

¡El abandono del Sagrario! He aquí el *"es duro este lenguaje"* [1] que le ha quitado a la acción de las Marías, reparadoras de toda clase de abandonos de Sagrario, más de una simpatía y les ha acarreado no pocas murmuraciones, recelos y protestas.

Cierto que quien dice *abandono* de una persona o cosa buena, dice desprecio, ingratitud, dureza de corazón, deslealtad y otras cosas tan feas como ésas. Y que decir que todas esas fealdades cuelgan de un Sagrario como jirones de telarañas polvorientas, es harto doloroso

[1] Jn 6,60

y vergonzoso. Pero ¿son razón bastante ese dolor y vergüenza para suprimir del vocabulario cristiano la reunión de esas dos palabras: **Sagrario abandonado?**

¡Pluguiera a Dios que antes se hubieran encontrado unos con otros los astros y saltado en millones de pedazos, que haberse encontrado y marchado juntas en uno de ellos esas dos palabras!

Pero, repito, el dolor y la vergüenza y hasta el escándalo que a los pequeñuelos pudiera producir el pronunciar reunidas esas dos palabras, ¿impiden el pronunciarlas?

Cuando se demuestre que las enfermedades no se curan con medicinas, sino disimulándolas y callándolas, entonces diré que el mal del abandono del Sagrario se remedia no haciendo mención de él.

Nombre evangélico

134. Aparte de esta razón, y sin negar lo desagradable del nombre, me movió a usarlo tan tenazmente el ejemplo del Evangelio. Son los evangelistas los que me han enseñado y decidido a usar el verbo *abandonar,* para expresar, no el odio, ni la persecución, ni la envidia de los enemigos de Jesús, que esto lo llaman con sus propios nombres, sino la deslealtad, la frialdad, la ingratitud, la inconsecuencia, la insensibilidad e indelicadeza, la cobardía de los amigos suyos, de los que le conocían, trataban y recibían sus distinticiones y confidencias.

Este irse de su lado los que debieron estar siempre con Él. Ese no asistirlo con su presencia y con su adhesión incondicional cuando más lo hubo menester es llamado por los evangelistas **abandono y huida...** ***"Y abandonándole, huyeron todos..."*** [2].

¿Por qué siempre que se vuelve a ver o sentir a Jesús en su vida de Sagrario pasar por el mismo trance, no podrá decirse con justicia y sin exageración ni escándalo que *está abandonado o que padece abandono?*

Causa del horror al nombre

135. No creo que ninguno de los que se horrorizan de la palabra *abandono* aplicada a su Sagrario, deje de aceptar estas razones. Lo que ocurre es que por no sé qué confusión de términos, hábilmente explotada por el diablo, se ha hecho temer o sospechar que la nota del abandono sobre un Sagrario incluye la de descuido, tibieza o flojedad de celo de los sacerdotes que lo guardan y de las almas buenas que lo acompañan. O más claro, que llamar a un Sagrario *abandonado* es acusar a *todos* sus vecinos de causantes de ese abandono y al Párroco o al sacerdote encargado de él, de cómplice o culpable del mismo.

[2] Mc 14,50

¡Pobres párrocos y pobres almas fieles! ¡Cómo os demostraría yo mi admiración y mi compasión por veros trabajar en esos campos, que no faltan, de siembras constantes y cosechas nulas, tardías o escasas!

Para destruir esa confusión, y ¡ojalá fuera para siempre!, me valdré del mismo ejemplo del Evangelio que acabo de citar.

¿Se puede asegurar con todo rigor de verdad que Jesús estuvo *abandonado de los suyos* en toda su Pasión y en su muerte? Y consta, sin embargo, que ni su Madre Inmaculada, ni sus Marías fieles, ni san Juan, dejaron de estar lo más cerca de Él que pudieron.

136. ¿Por qué no ha de poder decirse que Jesús está *abandonado* en su Sagrario, de *miles de vecinos bautizados y adoctrinados que no van,* aunque tenga a su lado a un sacerdote fiel como san Juan y a un grupo de almas constantes y compasivas, como las primeras Marías?

Claro que si ese sacerdote falta o esas almas fieles también *se van*, el abandono sería absoluto y total y mayor que el del Calvario. Pero éste no es el caso ordinario, a Dios gracias.

Precisamente una de las penas que más acerbamente desgarrarían aquellos corazones fieles, sería la de ver y sentir tan *abandonada* en su Sacrificio la Víctima augusta de su amor.

Horror al hecho

137. Sí, queridos sacerdotes: desechad el miedo de la palabra y trocadlo en horror al hecho que le da realidad tan triste y significación tan desconsoladora.

Que a eso se enderezan estos renglones: a descubrirnos no tanto la *extensión* como la *intensidad* de esas tristezas.

Sí, que el tiempo y las fuerzas que se gastan en indignarse contra la *palabra abandono*, estarán harto mejor empleados en trabajar contra el *hecho* del abandono, a fin de que, aminorado éste, borrado, vaya perdiendo realidad y razón aquélla.

Y, por consiguiente, que la cuestión, más que plantearla sobre si se debe hablar de abandono del Sagrario, debe plantearse así: ¿Hay abandono del Sagrario? ¿En dónde? ¿Cómo? ¿Hasta cuándo? ¿De qué clase? ¿Por qué causa? ¿Cómo se remedia?

A esto urge responder.

III. Una digresión necesaria

138. Antes de introduciros en ese mar amargo y obscuro de abandonos de Sagrarios y para prevenir dificultades, debo declarar:

Lo que no pretendo

La descripción del **abandono interior** que padece o puede padecer el Corazón de Jesús en el alma de sus amigos que lo reciben y en medio de grupos y aun muchedumbres de visitantes y comulgantes suyos, quizá sugiera a alguno el miedo de que estas consideraciones más puedan servir para acobardar y retraer a los que van al Sagrario que para enardecerlos a que vayan mejor dispuestos.

Y, a la verdad, nada más opuesto al fin de estas líneas.

Es un mal éste del abandono interior tan sutil como complejo y tan hondo como largo. Como que empezando por la indelicadeza leve para con Jesús y pasando por la negligencia, la rutina, la tibieza, la frialdad, la promiscuación, la inconsecuencia, el poco y distraído trato, la incomunicación afectuosa y la dureza de corazón, llega hasta la monstruosidad de la traición sacrílega.

Lejos, muy lejos de mi ánimo, al apuntar estos defectos y peligros junto con sus funestas consecuencias, hacer concebir de las disposiciones del alma para recibir y tratar a Jesús Sacramentado, idea tan excelsa e inaccesible, que más engendre miedo que deseo.

Cierto, muy cierto que, a pesar de todos esos abandonos más o menos voluntarios, Jesús quiere ser recibido en Comunión y estar en el Sagrario. Y cierto que, a pesar de nuestra flaqueza e ingrata corrrespondencia, ¿qué digo a pesar?, precisamente por eso, debemos y nos tiene mucha cuenta comulgar más y rozarnos más con Él.

Lo que pretendo

139. Yo quisiera, y bien pido al Amo que me lo conceda, pintar con tales colores esos abandonos interiores de Jesús Sacramentado, que a todos encendiera en ganas de afinar y adelgazar su trato con Él, sin que a nadie excitara miedo de no llegar a dar la compañía interior debida a tan alto Huésped.

Seguramente habrán llegado a vuestros oídos lamentos proferidos en tonos más o menos parecidos a los de los fariseos, de que tanto allanar y facilitar la Comunión y tanto prodigar los cultos eucarísticos, está produciendo rutinas y menosprecios y familiaridades dañosas con las cosas santas y con el Santo de los santos...

Pues a quitar a esos lamentos, ocasiones y pretextos y a demostrar que la verdad está precisamente en lo contrario, van enderezados estos renglones.

Lo que ansío

140. Poner muy en claro dos cosas:

1ª Que por la limitación y flaqueza de nuestra condición, por la dificultad que le cuesta vivir en la fe, y lo penoso de ir contra la corriente de la naturaleza sensible, y *a pesar* de las frecuentes Comuniones y visitas al Sagrario, tendemos a cansarnos, distraernos, aflojarnos y entibiarnos y hasta incomunicarnos en nuestro trato con quien no podemos conocer, amar ni gozar en la presente vida, sino por medio de la *fe viva* y de la *propia negación*.

2ª Que para contrarrestar esa tendencia y evitar el peligro de aquellos cansancios e incomunicaciones, no hay otro medio ni camino que el de fomentar esa *fe viva* y esa *propia negación.*

Sólo los que así se acerquen darán al Corazón de Jesús toda la compañía que Él desea y tiene derecho a esperar, y recibirán de Él todos los frutos que de comerlo y unirse con Él, pueden esperarse. Y con ellos el fruto de los frutos y fin supremo del Sagrario, a saber: *la formación de tantos Jesús como comulgantes.*

Y, al revés, que si esto no hay; si en vez de fe viva, hay languidez de fe, o ignorancia de catecismo; si en vez de abnegación hay vanidad, orgullo, dureza de corazón, o sea, *corazones ocupados de sí*, no será raro ni inexplicable que, comiéndose el más sano de los alimentos, no se esté más sano y fuerte. Que, aumentando las Comuniones de Jesús, se disminuyan las comuniones con Jesús. Que sentándose muchos más a su mesa, le ayuden muchos menos a llevar la cruz. Y, en suma, que estando Él más acompañado por fuera, se sienta más solo por dentro.

IV. ¿Hay abandono de Sagrario?

141. Para responder con rigor lógico, distingo dos clases de abandono de Sagrario: uno que pudiera llamarse exterior y otro interior o espiritual.

Llamo abandono exterior a *la ausencia habitual* y voluntaria del Sagrario por parte de los católicos que lo conocen y pueden ir a visitarlo.

De modo que aquí no hablo de los judíos, herejes o impíos, o católicos sin catecismo; que entre éstos se sentirá perseguido, odiado, calumniado o desconocido, Jesús Sacramentado, pero no abandonado.

Hablo de católicos que creen y saben que nuestro Señor Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, está real y vivo en el santísimo Sacramento, y, viviendo cerca de Él y sobrados de tiempo y fuerzas para el quehacer, el recreo, el casino, la taberna, no van nunca ni a recibirlo ni a visitarlo, ni guardan con Él relación de amistad o gratitud ninguna.

¿Hay abandono exterior de Sagrario?

142. Más valiera no preguntarlo para no verse en la dolorosa y amarga necesidad de responder con un sí tan grande casi como la extensión de los pueblos cobijados por Sagrarios; tan repetido quizá como hombres haya en torno de ellos; tan largo y sostenido como el eco de un dolor sin remedio ni fin.

Más que preguntar si hay Sagrarios con ese abandono material, sería mejor y más breve preguntar: pero ¿hay Sagrarios sin abandonos?

Porque, exceptuando el Sagrario del apartado monasterio, seminario o casa piadosa, sin más vecinos que los religiosos o religiosas que lo habiten, y alguno que otro de parroquias privilegiadas, que aun por la misericordia de Dios existen, ¿sobre qué Sagrario del mundo podrá ponerse esta leyenda: **¡sin abandonos!?**

143. Y si esto es así, ¿quién de cabeza y corazón sanos duda que sea lícito y aun obligatorio y urgente, poner todos los recursos y resortes de la pluma y de la lengua, del pensamiento y de la voluntad, de la sensibilidad y hasta de los nervios, en línea de combate sin tregua ni cuartel, contra ese monstruo de cien cabezas y de baba venenosa que tantas noches tristes y días sin fin y tantas hieles y desaires está haciendo pasar y devorar en silencio al más bueno y dulce de los Padres?

Sí, ¡guerra a muerte al abandono de los Sagrarios, llámese como se llame el pueblo a quien pertenezca, el sacerdote que lo custodia, las almas fieles que lo acompañen!...

Que proclamar la guerra al abandono no puede de ningún modo entenderse no ya guerra, pero ni aun recelo contra los que seguramente son víctimas y reparadores del mismo abandono, como lo son el sacerdote y esas almas fieles. Proclamar esa guerra es unirse a los que acompañan, para que crezca el número de éstos e infundirles, si se puede, nuevos estímulos, modos y perfecciones de compañía. Es meterse entre los que abandonan para hablarles de lo que ya ni nombran, para empujarlos hacia la casa paterna que dejaron o no pisaron jamás. Es poner en el acento de la palabra y en el gesto de la cara y en la delicadeza de la acción y en la intimidad de la súplica, y sobre todo, en la generosidad del sacrificio, toda la vehemencia y expresión y atractivo del celo más ingenioso, del amor más lastimado, y me atrevería a decir, de la pasión más santamente avasalladora, que todo eso debe inspirar la compasión por ese mal, el más injusto, triste y funesto de todos los males.

Pero como no es contra ese abandono exterior contra el que vienen a pelear ahora estos renglones, limítanse a recordarlo una vez más y a poner debajo de aquella triste leyenda, con la más visible de sus tintas y con el más enérgico de sus trazos: *Jesús de los Sagrarios, exteriormente abandonados, aunque todos te abandonen, nosotros... ¡NO!*

V. ¿Hay abandono interior de Sagrario?

144. Ésta, ésta es la llaga que quieren mostrar estas paginillas. Y mostrarla en toda su longitud, latitud y hondura, y con toda la sangre que mana y las lágrimas que cuesta y los bienes que impide y los males que acarrea a los que son causa de tenerla abierta...

¿Qué es?

Decía en el capítulo anterior que abandonan exteriormente el Sagrario los que, conociéndolo y pudiéndolo visitar, no van habitualmente a él.

Ahora añado que el abandono interior es ir al Sagrario con el cuerpo y no con el alma. *Ir a él y no estar en él.* Es *ir con el cuerpo* para que la boca se abra y trague la sagrada Forma. Los labios se muevan y balbuceen algunas palabras. La cabeza se incline. Las rodillas se doblen por un espacio de tiempo más o menos largo, pero no con el alma. Que no medita lo que hay y lo que se da y lo que se pide en el Sagrario. Que no se prepara para comer con un gran aseo y un excitado apetito, ni saborea ni agradece la Comida. Que no habla ni escucha al Huésped que la visita. Que no se presta a recoger y guardar las gracias que le trae, los avisos que le da, los ejemplos que le enseña, los deseos que le insinúa, la correspondencia de amor que le impone...

¡Cuántas, cuántas veces tendrá que repetir el Maestro, desairado en el interior de algunos comulgantes y visitantes de sus Sagrarios, de exterior humillado y devoto, la queja del Señor con su pueblo: "Éste no me honra más que con sus labios y rodillas; pero su corazón, qué lejos está de Mí!..."

Un ejemplo

145. Y para que la definición y el tipo del abandono interior entren y se graben hondamente en el alma de los que leen estos renglones. Y para que por anticipado se vea el alcance y la trascendencia de este mal, busco en el Evangelio ejemplos que lo aclaren.

Y ¡ojalá no fuera tan gráfico y expresivo el que ofrece la escena de la primera Comunión que se dio en la tierra por las manos del mismo divino Autor!

La primera Comunión y el primer abandono interior

146. Leed la descripción que de ella hace singularmente el evangelista san Lucas y, apenados, encontraréis como cortejo de esa primera Comunión, ese maltrecho abandono interior de que os vengo hablando.

Lo que el Maestro y sus Apóstoles dicen preguntándose y respondiéndose momentos antes y después de recibir aquella primera Hostia consagrada, revela muy al vivo lo que el Jesús de esta Hostia encontró en el alma de sus primeros comulgantes.

¿Qué encuentra?

En el alma de Judas, suponiendo que llegara a comulgar, encuentra la traición, y en ella los ecos de todos los aullidos del odio de los condenados; y la cara de envidia y venganza de los demonios. En el alma de los otros o de los más, en vez de la gratitud y el asombro que absorbieran todos los afectos y sentimientos, encuentra el afán mundano, la ambición rastrera y vulgar y cruelmente inoportuna, en aquel doloroso instante de separación, *sobre quién de ellos sería reputado el mayor* cuando se estableciera su reino en la tierra. Y, si esto aun fuera poco, al comunicarles su próxima prisión y el gran escándalo y pedirles angustiado se previnieran con los auxilios de las armas espirituales que les dejaba, principalmente en aquella Comunión, toda la respuesta que de ellos obtiene es que *cuentan ya con dos espadas...* Y después, como acción de gracias de la Comunión... ¡el sueño en la agonía del Huerto, la huida, la negación!...

147. Almas delicadas ¿no es verdad que al meditar en esa primera entrada de Jesús Sacramentado en las almas de los hombres, lo siente uno *muy solo* allí dentro, en el alma y en los sentimientos de sus amigos? O dicho con su palabra: ¿no es verdad que se le siente en aquella Comunión muy *abandonado?*

¿Qué palabra del Evangelio, qué acento de aquellas bocas, qué gestos de aquellas caras, da a entender o presumir que la ternura y la vehemencia de aquel gran Corazón, a punto de derretirse o de estallar en aquella hora augusta de la dádiva máxima y del máximo sacrificio, encontraran en los corazones de sus Apóstoles ecos y latidos de supremas correspondencias o, al menos, muestras ligeras de inteligencia?

¡Jesús solo, abandonado en el alma de sus amigos! Es decir, ¡Jesús visitando almas y viviendo en las casas de sus amigos sin ser entendido, ni secundado, ni escuchado, ni preguntado, ni tomado en cuenta!...

Ése es el abandono interior que se repite en una proporción que asusta en nuestros Sagrarios.

¿Verdad que merece ser meditado y llorado?

VI. Mar adentro

148. Todo lo que de ese mal del abandono del Sagrario llevo dicho y escrito, nada es comparado con lo que queda por decir.

Y mal conseguiría yo el fin que me propongo al escribir estos renglones, si por miedo a gastar tinta y tiempo, dejara de pintar ese mal con toda la desgarradora propiedad que sea dada a mi pobre pluma.

Quiero, pues, sumergirme en los mares del abandono del Sagrario y contaros con toda sinceridad las impresiones de ese viaje a...

Los adentros del abandono

149. Si la Eucaristía es el milagro de la permanencia perpetua de Jesucristo, el abandono de la Eucaristía es la frustración práctica de ese milagro y con ella, la de los fines misericordiosos y altísimos de su permanencia.

La Eucaristía abandonada es, en cuanto esto se puede decir de Dios: Jesucristo contrariado con la más amarga de las contrariedades, y las almas y las sociedades privadas de ríos y de mares de bienes.

No es que no existan o nos importen poco otros males que ofenden a Dios y afligen a nuestros hermanos, sino que dejamos a otras Obras o Instituciones nacidas o especializadas para eso, el remedio de estos otros males, que después de todo no son sino efectos o síntomas de aquel gravísimo y trascendental mal del abandono.

Los que hacen el daño

150. Lo he dicho ya: es mal desde luego de católicos, no de herejes ni de impíos, que éstos odian. Es mal de los que desconocen a Jesucristo *debiendo* conocerlo, de los que no le tratan o le tratan mal *debiendo* tratarlo mucho y bien. De los que saben que se sacrifica Él por ellos en cada Misa que se celebra, y ellos no se sacrifican por Él asistiendo a una sola o con el cuerpo nada más. De los que saben que Él es alimento del alma que sacia todas sus hambres y prefieren morir de inanición y no comulgan o comulgan mal. De los que saben que el Sagrario es la casa donde se quedó a vivir Jesús para estar cerca de sus hijos y acompañarlos todos los días de su vida, y ellos lo dejan solo días y días, años y años...

El abandono es el mal de los que saben que Jesús tiene ojos y no se dejan ver de ellos. Y oídos y no le hablan. Y manos y no se acercan a recoger sus regalos. Y Corazón que les ama ardientemente, y no lo quieren ni le dan gusto. Y doctrina de toda verdad y la desdeñan o la interpretan a su capricho. Y ejemplos de vida y no los copian. ¡Es mal de próximos y amigos!

Cómo ofende al Corazón de Jesús

151. Y me fijo principalmente en el Corazón de Jesús, cuando retrato y lamento lo malo del abandono, porque, sin dejar de afectarle los otros males, creo y siento que éste va más directamente contra su Corazón.

Otras ofensas son quizá más ruidosas, visibles, escandalosas, alarmantes. Ésta, sin manifestaciones hostiles, sin ataques positivos, sin organizaciones pensadas, sin odios sistemáticos, pone en el Corazón de Jesús todo lo aflictivo de aquéllas, quitando el bien del desagravio o alejando la esperanza del remedio.

152. El abandono interior, en efecto, por lo que en sí mismo es, vuelca sobre la llaga de ese Corazón la amargura del desprecio, la negrura de la ingratitud, la frialdad heladora de la indiferencia, el cansancio de la esperanza nunca realizada, del deseo nunca o casi nunca satisfecho y de la petición jamás atendida. La dureza de la grosería de sentimientos, la tristeza de la soledad... ¿Y qué son estos elementos sino formas variadas de una misma esencia, la esencia del *desamor?* ¡Desamor injusto, te pareces tanto al odio! Porque, esa esencia y esas formas ¿difieren mucho de las constituidas por las negaciones del impío, las obstinaciones del hereje, las altanerías del blasfemo? Con la añadidura de que el odio de los malos alarma a los buenos, los despierta, los reacciona, los excita a pelear e impele al desagravio. Pero el abandono de los buenos, de los que debieran serlo o figuran entre los que lo son, quita al Corazón abrevado de sus amargas esencias, la esperanza y el consuelo de la protesta enérgica, del despertar valiente, del desagravio reparador...

¡Desamor injusto del abandono, eres verdugo de mi Padre y a la par adormecedor de mis hermanos para que no lo sientan ni lo lloren! Pero verdugo, no para matar a mi Jesús, con cuchillo ni hacha, sino con hambre no satisfecha de amores de hijos, con aislamiento de corazones, con inacción a fuerza de incomunicarle y alejarle las almas, con cansancio de esperar a los que no acaban de venir o vienen sin ganas...

Cómo daña a las almas

153. Y si eso eres para Él, ¿qué serás para las almas? No eres torrente que arrasas en un instante, sino gota que lentamente ablanda, descompone, afloja y arruina. No eres rayo que vuelcas las torres y hiendes las techumbres de los templos, sino roedor oculto de sus cimientos. No eres león, ni elefante, ni monstruo fiero que amenaza de muerte, sino polilla que carcome, microbio que infesta, orín que corroe. No eres actividad incansable, sino pereza sólo activa para contagiar. No eres ceguedad, sino cortedad de vista. No eres oscuridad que aterra, sino niebla que no alarma. No eres veneno, pero sí semilla de cizaña que ahoga y seca la vida de la fe, el jugo de la dulce confianza, la savia de la caridad y la alegría y el aroma y la fecundidad de todas las virtudes, de todos los sanos optimismos y

generosidades. No eres la palabra *no quiero*, sino esta otra mentidamente dicha: *no puedo*, y que equivale a esta otra verdadera: *no hago*.

¡Abandono del Corazón de Jesús, tú no eres el odio, es verdad, pero el odio más encarnizado no podría jamás ufanarse de hacer tanto daño a su mayor enemigo como tú haces a las almas en que te albergas y al que aun llamas ¡tu Amigo! y... ¡tu Padre! y... ¡tu Dios!

VII. Las profundidades del mar del abandono

154. Engolfados os dejé en el capítulo anterior en las alturas del mar de amarguras sin fondo ni riberas del abandono del Corazón de Jesús.

Pero os puedo asegurar que no he hecho otra cosa que presentaros algo, no más, de la superficie de este mar. ¡Resta tanto que descubrir en sus profundidades y abismos!

Cuenta que no hablo más que de abandonos interiores de su vida eucarística y paso en silencio otros abandonos, como los abandonos íntimos de sus treinta y tres años de vida mortal, de sus veinte siglos de vida en la Iglesia y en las almas...

¿Quién puede medir con la vista, con la imaginación, con el pensamiento o con el corazón, las simas de los abismos abiertos por los desconocimientos groseros, las ingratitudes o frías correspondencias, los olvidos, pretericiones y postergaciones que los nombres de esos abandonos evocan?

Historia de las generosidades de Jesús

155. El Evangelio no es sólo la historia de las mayores finezas y generosidades divinas, sino la de los mayores abandonos humanos. Si aquélla se abre con *"y la Palabra se hizo carne"* [3] de la Encarnación, y se cierra con el *"todo está cumplido"* [4] de la redención. Ésta se abre con el *"no había sitio para ellos"* [5] del Nacimiento y se cierra con el *"y abandonándole, huyeron todos"* [6].

El amor de Jesús a los hombres, no saciado con darles su vida mortal, le sugiere la Eucaristía, traza divina de vivir siempre, sin morir, junto a sus hijos los hombres.

¡Eucaristía! ¡Evangelio siempre nuevo y siempre vivo! ¡Historia viviente de finezas y generosidades divinas, pero sin fin!

---

[3] Jn 1,14
[4] Jn 19,30
[5] Lc 2,7
[6] Mc 14,50

¡Hombres, hombres!, ¿será también la Eucaristía la historia de vuestros grandes abandonos?

¡Qué pena, qué vergüenza! Esta triste historia comenzó a escribirse a la vez que la de la Eucaristía. ¿Qué digo a la vez? ¡Antes!... Su primera palabra es la que iban profiriendo los que se apartan al oír su anuncio:

"Es duro este lenguaje" [7]. ¿Su última?... Como la historia de las finezas de la Eucaristía, tampoco la de los abandonos la tiene...

Hojeemos un poco esas dos historias, aunque en esas páginas se absorbe una vida entera.

Los tres libros de esta historia

156. La historia primera, o sea, la de las generosidades divinas, se divide en tres libros: el de la Eucaristía-Misa. El de la Eucaristía-Comunión. Y el de la Eucaristía-Presencia real.

Como la sombra sigue a la luz, el abandono del hombre sigue a las finezas de Dios.

Los tres de la nuestra

Por eso la historia segunda ha de dividirse también en otros tres libros: El del abandono de la Eucaristía-Misa. El del abandono de la Eucaristía-Comunión. Y el abandono de la Eucaristía-Presencia real.

¡Qué historias!

VIII. La Eucaristía-Misa, abandonada

157. Voy a esbozaros, no más ¿quién se atreverá a escribirla entera?, la historia de los abandonos interiores del Corazón de Jesús en las tres manifestaciones de su vida eucarística: Misa, Comunión y Presencia real. Y, consecuente con esa promesa, quiero hablaros de lo que con toda justicia puedo llamar fuente de toda vida eucarística, y aun cristiana, que es el Sacrificio eucarístico y de los abandonos y desaires silenciosos e ignorados, y, por consiguiente, no reparados, que en ella padece el Corazón de Jesús.

Mis perplejidades

[7] Jn 6,60.

Perplejo me hallo al intentar vaciar en frases de claridad meridiana y en un rato de conversación familiar y sencilla, conceptos de la sagrada teología que nuestro pueblo aprendió y desgraciadamente olvidó y ahora le cuesta harto trabajo entender.

Y cuenta que ya no es el pueblo sin letras el que no penetra esos conceptos teológicos, sino, lo que es más de lamentar, el pueblo piadoso; el formado por almas que frecuentan el templo y la sagrada Comunión; que diariamente hojean libros ascéticos y hasta ejercen magisterios de niños en escuelas religiosas.

El desconocimiento de la Misa

158. No hablo ahora con los que no visitan el templo de Dios. Ni con los que, yendo, por abandono o impiedad, viven incomunicados con Jesús Sacramentado, no comulgando jamás o rara vez. Ni tampoco con los que, viviendo en el templo, hacen sacrílegas mercaderías con su Misa y con su culto.

Hablo con los piadosos, y en esta categoría incluid a muchos, desde los más obligados a una completa instrucción teológica y ascética, hasta a los apenas iniciados en las prácticas de la piedad.

Y a estos piadosos de todas las categorías, y de alguna buena voluntad, por lo menos, digo, muy quedo, para que no lo oigan ni se escandalicen los que no lo son, y muy fuerte para que se les grabe muy hondo, esta queja:

¡En qué abandono tan espantoso se ofrece sacrificado cada día Jesús!

¡El altar del Señor está despreciado!

Y repito que no hablo ahora de abandonos exteriores, ni de sacrílegos abusos, sino de infidelidades, ingratitudes, disonancias, postergaciones, ignorancias vencibles y desatenciones groseras que pesan sobre el delicado y sensible Corazón de Jesús en cada Misa que se celebra, y que, miradas superficialmente, no pasarán de la categoría de pequeñeces, y a la luz de una sólida y delicada piedad, son de una trascendencia que espanta...

Lo que no es la Misa

159. Si la santa Misa, no es *uno de tantos actos* de nuestro culto, sino el principal de todos. Ni es una serie de ceremonias litúrgicas representadas para hacernos pasar media hora en piadosos entretenimientos, sino la esencia de nuestra religión y de nuestro culto [8]. Si el altar en que se celebra no es uno de tantos adornos de la iglesia, sino la piedra angular de todo el edificio religioso, el hogar de la familia cristiana, el punto culminante del mundo

[8] Conc. Vat.II, SC nº 2; PO nº 5; Ord. Gral. del Misal Romano, 1.

de las almas y el centro de todas las convergencias de la vida espiritual, no sólo en el orden místico, ascético, pastoral, dogmático y moral, sino científico, social y artístico. Si la acción que se realiza en la Misa no es una mera conmemoración del sacrificio de la Cruz o exclusivamente un símbolo de nuestra redención, sino que es la oblación real de un sacrificio *positivo, de aplicación actual* a cada miembro del Cuerpo místico de Jesucristo, de los méritos de la muerte y de la vida gloriosa y divina que nos ganó y mereció en su Sacrificio *absoluto y cruento* del Calvario. Si esa acción de la Misa no es una de tantas acciones como realizó y realiza el Corazón de Jesús en su vida mortal, y ahora en su vida eucarística, sino la principal, más querida, costosa y fecunda de todas, la que tanto absorbe y condiciona a las demás, que pudiera llamarse la *única acción suya*... Si la Misa, repito, y el altar y la acción de la Misa es eso, habéis de convenir conmigo en que Jesús en la Misa padece muchos y muy crueles abandonos.

Cómo miran a su Misa muchos cristianos

160. Basta una simple ojeada por el mundo piadoso actual, para adquirir la triste convicción de que ni en la fe, ni en el amor, ni en la vida de no pocos de sus pobladores, el santo Sacrificio de la Misa, no sólo no ocupa el primer lugar, que la teología y la liturgia católicas le señalan, sino que acaso, acaso llegue a contarse en el número y rango de sus devociones preferidas.

¡Qué campo tan dilatado se abre aquí a mi pluma y a las expansiones de mi corazón al sentirme obligado a repetir con la misma o mayor pena que el profeta Malaquías ante los desprecios e ingratitudes de su pueblo para con el culto del Señor: ¡El altar del Señor está despreciado! ¡La Misa despreciada!

El unilateralismo de la ignorancia y de la rutina

161. ¿Qué es la Misa para el dogma, para la liturgia y para la ascética, y qué lugar ocupa en la fe, en el culto y en la vida espiritual de los fieles?

La respuesta a esa doble pregunta dejará al descubierto, ¡qué pena!, un gran abandono, que es a su vez una gran injusticia con Dios y una gran crueldad para con el Corazón de Jesús y un manantial de desdichas para las almas.

Uno de los grandes males acarreados por la ignorancia religiosa, y por la rutina, aun de los ilustrados en religión, es lo que pudiera llamar el *unilateralismo*, y perdónenme la palabreja; o sea, el empequeñecer hasta desfigurar y desnaturalizar nuestros dogmas, misterios y ceremonias, a fuerza de no mirarlos ni conocerlos más que por un solo lado.

Ejemplo y confirmación de esto lo tenemos en la santa Misa.

162. Para la mayor parte de los cristianos, Misa es una ceremonia a la que hay que asistir cada domingo, o que se manda celebrar por las almas de los difuntos. Para otros, más que una ceremonia, es un Sacrificio, el más augusto de todos, pero sin parar mientes en que la celebración o el ofrecimien- to de ese Sacrificio, les imponga obligación alguna en su vida ni en sus relaciones con Dios y con sus prójimos. Y hasta para no pocas de las personas piadosas, la santa Misa no pasa del rango del acto devoto con que en forma de novena, triduo, función o procesión, se obsequia a un santo o miste- rio.

¡El *unilateralismo* de la ignorancia o de la rutina!

La Misa es eso, es verdad, pero no eso sólo, sino infinitamente más.

163. ¿Qué es la Misa de verdad y bajo todos sus aspectos?

Son muchos los encargados de responder.

Para el *dogma católico* es no sólo un artículo de su fe, sino *quintaesencia* de toda su doctrina, centro y eje de todos los artículos de su símbolo y como la forma substancial y actuación de todo su credo.

Para la *sagrada liturgia* no es sólo *doctrina* que hay que exponer y creer, sino acción que ejecutar y representar. Y no sólo acción, sino la *acción única*, la acción por antonomasia, la que con toda razón y justicia puede llamarse la única acción esencial y vivificadora de la Iglesia católica y con respecto a la cual todas las demás acciones del sacerdocio, de la jerarquía y de la liturgia universal, tienen razón secundaria y subordinada, de preparativo, medio o efecto.

Y tan esto es así, que la liturgia y el sacerdocio y la jerarquía católica, tanto la de orden como la de jurisdicción, no tienen en realidad otra cosa que hacer que preparar y agradecer Misas y aplicar ordenadamente sus frutos.

Para la *moral y la ascética,* ese Sacrificio de Jesús en todos los días y en todas las horas y en todos los pueblos es, además de símbolo condensado de la fe y acción esencial y vivificadora, ejemplo de vida perfecta y secreto supremo de la santidad.

¡Lo que enseña, lo que hace y lo que da una Misa bien conocida, entendida, preparada y aplicada, es decir, bien acompañada!.

Y, por lo contrario, ¡de lo que priva a la gloria de Dios, a la vida de la Iglesia y de las almas, y al orden del mundo el abandono de la Misa!

164. Ya que la índole de estas reflexiones o impresiones no lo permite, pido con insistencia a mis lectores, que todos son de los de buenísima voluntad, que dediquen el tiempo de su lectura espiritual o de su instrucción, a leer despacio en un buen catecismo explicado o en algunos de los muchos y buenos tratados especiales, la doctrina del santo Sacrificio de la Misa. Mientras que, conforme al plan de descubrimientos y reparaciones de abandonos que aquí he propuesto, les voy exponiendo los principales abandonos que, a

mi entender, hacen sufrir a Jesús los *amigos* en su *Eucaristía-Misa.* A saber: **abandono de:**

1º El dogma de la Misa.
2º La liturgia de la Misa,
3º La ascética de la Misa.

Ayúdenos el Corazón de Jesús, a quien tratamos de reparar.

IX. El abandono del dogma de la Misa

165. Insistiendo y desarrollando las ideas del anterior capítulo, y sin perder de vista que no escribo un tratado ni doy una clase de teología, sino que echo un rato de conversación con amigos bien intencionados, la sigo con el fin, más que de enterarlos de todo, de meterles ganas y despertarles hambre de que se decidan a enterarse y obren luego en consecuencia.

Nada mejor para esto que dejar aquí apuntados el fin y los caracteres del santo Sacrificio de la Misa.

Este conocimiento pondrá de manifiesto, más que otros encomios, nuestras obligaciones para con la Misa, y en caso contrario, lo grave y funesto de nuestros abandonos.

Fin de la Misa

166. ¿Qué fin se propuso nuestro Señor Jesucristo al instituir el augusto Sacrificio de la Misa?

Con esta sola respuesta tendrían la fe y la piedad sobrado campo en que avivarse, ocuparse y extenderse por espacios infinitos.

La Misa se ha hecho por Cristo para esto sólo:

Para dejar a los que el Padre le confió el recuerdo vivo, operativo y eficaz de su redención: *Haced esto en memoria mía.*

Explico estas palabras. La redención se hizo en el Sacrificio de la Cruz y se aplica en el Sacrificio de la Misa.

Jesucristo, Hijo natural de Dios, hecho hombre, por su Sacrificio en la Cruz se *ha ganado*, a más de la gloria de su nombre y de su cuerpo resucitado y sentado a la derecha del Padre, el título de **sacerdote,** único adorador perfecto de la Trinidad augusta. De **Víctima** de alabanza, acción de gracias, expiación e impetración infinitas. De **Mediador**

único absolutamente eficaz entre Dios y los hombres. De **Cabeza y Modelo** de todos los elegidos. De **Causa meritoria y ejemplar** de su gracia y de la gloria del cuerpo y del alma de ellos. De **Hermano** mayor o **Primogénito** de todos los hijos de Dios. De **Piedra angular** del templo en que Dios recibe de la creación entera su mayor gloria. Y de **Pastor supremo** de innumerables ovejas.

Todo esto ha ganado Cristo Hombre por su Sacrificio y su muerte de Cruz. Y por esto su Sacrificio de la Misa ya no tiene que ganar nada nuevo, sino aplicárnoslo. Y, si vale decirlo así, *injertar* nuestra alma y nuestro cuerpo en su alma y en su cuerpo gloriosos y honrados con tan altos títulos, realizando, de hecho, en cada uno de nosotros lo que en el Sacrificio de la Cruz no estaba más que como en derecho y en principio.

167. Y ved ahora, gustad y agradeced hasta el derretimiento estas aplicaciones.

¿En la Cruz Jesucristo se constituye sacerdote y Víctima?

En la Misa, el ministro que celebra, la Iglesia que ofrece y los fieles que participan debidamente, son ¡no os asustéis!, *cosacerdotes y covíctimas.*

Cada cual, en su medida y a su modo, sacerdotes son que ofrecen y se ofrecen. Sacrifican a Cristo y se sacrifican con Él. Y con Cristo, alaban, agradecen, expían e interceden.

¿En la Cruz, es Jesucristo único Mediador y Cabeza y Modelo y Primogénito y Piedra angular y Pastor?

Por la Misa y por los Sacramentos, que de ella toman virtud [9], yo, pecador y gusano y extremo infinitamente opuesto a Dios, quedo hecho *amigo, hijo adoptivo y heredero de* Dios, *hermano* de Jesús y *miembro* de su Cuerpo místico y *piedra* viva de su templo viviente y *oveja* de su rebaño.

Tienen mucho que saborear esas ganancias de la Misa para que os las haga olvidar con otras reflexiones.

¡Lo que nos da una Misa!

El gran recuerdo. "¡En memoria mía!"

168. Para eso, os decía, se ha instituido el Sacrificio de la Misa: *"Haced esto en memoria mía"* [10]. ¡Cómo se adivina, se siente a Dios en esa misteriosa concisión de la palabra de Jesucristo!

En esas únicas palabras con que acompaña, comenta y define el Sacramento augusto de la Eucaristía que acababa de instituir consagrando el pan y el vino, deja instituidos los *elementos esenciales* de su religión: el Sacrificio, o sea, la repetición perenne hasta su segunda venida, *"hasta que venga"* [11], del acto que acababa de realizar como *recuerdo*

9 PO nº 5, párrafo 2

10 Lc 22,19; 1 Cor 11,24

11 1 Cor 11,26

suyo, y el sacerdocio. *"Haced esto"* vosotros y vuestros sucesores con el poder que éste mi mandato os confiere. *¡Haced!*

¿Sólo un recuerdo?

Quizá parezca a alguno que esa palabra *recuerdo* no expresa todo lo que es, vale y significa la Misa. ¡Es tan relativo el valor de un recuerdo! A los que eso teman, yo les haría una distinción entre:

Recuerdos de Dios y recuerdos de hombres

169. Los hombres se retratan por un rasgo, una palabra, un hecho culminante de sus vidas. Por ejemplo, un guerrero, arrojando desde lo alto de una muralla una espada a unos moros que al pie de ella le presentan a su hijo aprisionado, es Guzmán el Bueno. Una Reina quitándose la corona de su cabeza y las joyas de su pecho para darlas a un sabio vestido de harapos de mendigo, es Isabel la Católica. Así el Dios Hombre, nuestro Jesús, se retrata por este solo hecho: su Sacrificio en la Cruz, que es su obra cumbre, *su Obra.*

Pues bien, así como el recuerdo de los hombres es la perpetuación de sus rasgos salientes, de sus hechos culminantes, el recuerdo de Jesucristo, lo que Él dejaba y solemnemente instituía, como recuerdo suyo, tenía que ser la *perpetuación de su obra,* el Sacrificio de la Cruz.

Por esto la palabra *recuerdo* dice todo y muy gráficamente lo que es y vale la Misa. La Misa es recuerdo de Jesucristo, pero recuerdo vivo, *operativo, eficaz* de toda la redención, preparada en su vida terrenal y ganada en su muerte en Cruz y consumada en el cielo. Recuerdo *no al estilo de los hombres,* que, como son fugaces e inestables, no pueden dejar como recuerdo de ellos y de sus acciones sino señales, símbolos o retratos, cosa muerta o que morirá presto, sino recuerdo al *estilo de Dios*, que ni se muda, ni se va, ni se acaba, ni se mengua. Y digno de su obra más grande, de *su Obra* por antonomasia. Recuerdo vivo y siempre vivo como el Corazón y el Espíritu que lo inspiraron. Y, tan semejante a la acción que se intenta perpetuar, que con ella se identifica. Y tan personal, auténtico y característico, que es inconfundible.

170. Los artistas pintan un cuadro, tallan una escultura, y al pie de aquél y de ésta, estampan su firma.

Los conquistadores levantan arcos y monumentos conmemorativos que perpetúen el recuerdo de sus victorias.

Los sabios bautizan con sus nombres sus inventos y sus teorías.

La redención por la Cruz, obra infinitamente más excelsa que la de todos los genios, pedía, merecía una conmemoración digna.

171. Ésa es nuestra Misa.

El Sacrificio de la Misa es, con respecto al de la Cruz, firma de autenticidad, monumento conmemorativo, título de pertenencia perpetua, pero firma escrita con sangre divina, palpitante cada día, cada hora sobre infinitos calvarios; monumento labrado con carne divina en el acto consecratorio de cada Sacrificio y título tan inconfundible y propio que la más exaltada locura del amor y del genio humano, no podrían ni soñar con aplicárselo.

Los caracteres del Sacrificio de la Misa

172. Fluyen espontáneamente de la noción de recuerdo.

La Misa, ante todo, es:

1º Un Sacrificio verdadero y real, pero *relativo,* en comparación al Sacrificio absoluto de la Cruz, del que aquél no es más que una reproducción.

2º Sacrificio *eucarístico,* como dedicado principalmente y sin menoscabo de su carácter latréutico, expiatorio e impetratorio, a dar gracias al Padre celestial del gran beneficio de la reconciliación y de la filiación adoptiva por la incorporación en Cristo.

3º Y Sacrificio *aplicativo:* destinado no a ofrecer una nueva víctima ni a ofrecer nuevos méritos, sino a aplicar los infinitos, ganados en el Sacrificio de la Cruz.

En resumen: El Sacrificio de la última Cena, el de la Cruz y el de la Misa, no son tres sacrificios, sino *uno sólo,* o tres *oblaciones reales* de una *sola inmolación:* la Cena es la oblación real de Cristo que *se ha de inmolar;* la Cruz es la oblación real de Cristo *inmolándose;* La Misa es la oblación real de Cristo *inmolado.* La primera es el *anuncio;* la segunda es la *inmolación;* la tercera es el *recuerdo.*

¡Qué tesoros nos descubre y regala la sagrada liturgia cuando realiza y exhibe ese fin y esos caracteres en las modalidades por las que hace pasar nuestro Señor la materia de su Sacrificio eucarístico!

Por hoy, quédese en vuestro corazón este grito, que es a la vez una queja.

Recuerdo de la Misa cristiana ¡qué olvidado estás!

X. El abandono de la liturgia de la Misa

173. Amargada todavía el alma ante las consideraciones que hacía en el capítulo anterior sobre el olvido, ignorancia o abandono en que los cristianos, y entre ellos, hartas personas

piadosas, tienen el *dogma* de la santa Misa y, por consiguiente, su valor y trascendencia como Sacrificio único y acto culminante de su religión; centro de todo su culto; compendio viviente de toda su doctrina y fuente de toda gloria de Dios y de toda vida sobrenatural. Amargada, repito, el alma ante ese desaprovechamiento y abandono de tan rico don, cúmpleme, según el plan propuesto, llamar la atención de los benévolos contertulios de estos mis ratos de charlas piadosas y desahogos de corazón, sobre otros abandonos que atañen también a la santa Misa y que, prácticamente al menos, son tan perniciosos y funestos como los hasta ahora denunciados.

¡Los abandonos de la liturgia de la santa Misa!

Lo que no es la liturgia

174. Y ruégote, al llegar aquí, lector paciente, que detengas ese gesto o mohín de incredulidad o compasiva tolerancia con que empiezas a contraer tu cara al asegurarte yo cosas tan serias, como consecuencia del olvido y abandono de la santa liturgia.

Porque es el caso, y tú no me lo negarás, que, para muchos dice y significa lo mismo liturgia que etiqueteros melindres y minuciosas e incomportables ceremonias, más propios para el aparato y la tiesura exterior que para el alimento y la elevación del alma.

Y ¡claro!, para los que así piensan, cosa dura ha de ser mi afirmación de atribuir al abandono de la liturgia, especialmente de la Misa, casi los mismos efectos del abandono del dogma.

No; la liturgia católica no es esa lluvia de minucias vacías que ahogan sin mojar ni refrigerar.

Lo que es

175. La liturgia es la Iglesia viviendo su fe, su adoración, su amor. El culto es el cuerpo visible de la religión. Y la liturgia es su expresión, su gesto, sus modales, su palabra [12].

La liturgia es el dogma vivido, y metido en lo más hondo de la vida de los creyentes; enseñado auténtica, intuitiva, solemne y oficialmente; y puesto al alcance de los rudos y abriendo horizontes sin fin a los sabios humildes.

Es Dios, por medio de su Cristo, llamando, acogiendo, trabajando, uniéndose al alma. Es el alma, dejándose modelar por el divino buril para poder ser hecha *miembro* del Cuerpo místico de Cristo. *Piedra* de su Iglesia. *Oveja* de su rebaño. *Hija* de Dios. *Hermana* del Primogénito Jesús. Participante de su vida y de su gracia y coheredera de su gloria.

---

[12] Conc. Vat. II, SC n° 10

176. La liturgia es en Cristo, por Cristo y con Cristo, la grande obrera de la predestinación de los elegidos, trabajando por conformarlos y unirlos a Él y hacerlos crecer en Él. Jesucristo, Camino, Verdad y Vida, es el arquitecto que, por los medios que la liturgia aplica, obtiene la realización de su oración sacerdotal: *"que todos sean uno"* [13]. Es el gran sacerdocio de Cristo realizado y practicado entre nosotros mientras vivamos aquí abajo [14]...

¡Qué pena que se conozca y se quiera tan poco la liturgia!

¡Qué gloria y qué bendiciones recibirán los que, enamorados de la tradición santa y fieles a las enseñanzas de la Iglesia y de sus Pontífices, trabajan por desenterrar esos tesoros de piedad litúrgica que la rutina, un torpe sentimentalismo y la desorientación de la piedad, sepultaron; y por presentarlos a los ojos y al corazón de los hijos de la Iglesia para que sean de nuevo conocidos, admirados, queridos y explotados!

¡Bien haya, entre otros paladines, la egregia Orden Benedictina, por el valor y el tesón, en ella tradicionales y característicos, con que se ha puesto a desplegar y mantener enhiesta la gloriosa bandera de la restauración litúrgica del arte religioso y de la piedad del pueblo cristiano!

Y perdonen los amigos, a título de desahogo, esta digresión.

La Misa en la liturgia

177. La santa Misa es el acto central, la obra maestra, la clave del arco, el tronco vital de toda la liturgia, hasta el punto de que ésta es siempre eucarística [15].

Cuando veo a tanto devoto de cultos fastuosos, de mucha música y muchas luces, y veo tan vacías de asistentes las iglesias en las que se celebra la santa Misa, y singularmente las parroquias durante la Misa del domingo, que es la de toda la familia parroquial. Cuando veo que en iglesias donde se gastan miles de pesetas para el manto, el "paso" de la titular o de la cofradía, o las túnicas de los nazarenos, o los fuegos, o la música de la procesión..., carecen los sacerdotes de estipendio para sus Misas diarias. Cuando oigo, como lo he oído, a fieles y a corporaciones, encargar *Misas modestitas...*, me pregunto con pena: pero ¿tan poco representa para estos cristianos una Misa? ¡Razón sobrada para proponer a los católicos la anterior pregunta o punto de examen!

Doy la palabra a Dom Baudin, O.S.B., que, con frase magistral y ardiente, lamenta esta funesta postergación de la santa Misa en el culto de los fieles:

"Dar más solemnidad y esplendor a las bendiciones que a la santa Misa, *habituar* al pueblo cristiano a las Misas tan privadas, tan cortas y poco solemnes como sea posible - una verdadera liturgia de catacumbas y de persecuciones. Y, por otra parte, inculcarle, por

13 Jn 17,21.

14 Conc Vati II, SC n° 7, p.3° y 4°

15 Ib. n° 10

una publicidad intensa, por audiciones musicales de todo género, por predicaciones de tono, iluminaciones eléctricas, ornamentaciones piramidales, en una palabra, por todos los recursos y atractivos modernos, la más grande importancia a las Bendiciones.

Convertir el altar principal en rico soporte del Tabernáculo, y aun a veces en pedestal de un santo. Transformar la mesa del altar santificada por las purificaciones y las unciones solemnes del pontífice; osario inviolable en donde reposan las reliquias de los mártires; piedra simbólica que besamos con amor y saludamos e incensamos con respeto; místico calvario en donde nuestro Salvador renueva todas sus maravillas. Transformar, digo, el objeto más sagrado del santuario en gradería cubierta de bujías y de flores, o también cubrirlo y hacerlo desaparecer durante todo un mes. Todos estos abusos y tantos otros, contrarios a las prescripciones y a los principios de la liturgia, falsean a la larga la mentalidad de los cristianos. Relegan a segundo término el aspecto primordial de inmolación y de unión con Dios. Hacen perder de vista, en el culto, el acto esencial. Y reducen la Eucaristía a sólo una Presencia real, o una Comida sagrada, aislada *del todo* más sagrado de que forman parte, es decir, los santos Misterios Eucarísticos".

178. Abandono por olvido o ignorancia de la liturgia ¡de cuántos abandonos eres la causa!

El carácter vulgarizador de estos renglones me impide meterme en largas *descripciones litúrgicas de la Misa.*

Para unirse con la Iglesia y con el sacerdote en la celebración del santo Sacrificio y empaparse del espíritu litúrgico, transcribo aquí las partes de la santa Misa, añadiendo las disposiciones con que los fieles -según un ilustre liturgista- deben ir participando en cada una de esas partes.

-*Ritos iniciales*: actos de contrición, o el amor que se purifica.

-*Liturgia de la palabra:* actos de fe, o el amor que se ilumina.

-*Liturgia eucarística:* actos de abandono (entrega), de esperanza y de caridad, o el amor que se ofrece, se inmola y se une.

-*Rito de conclusión:* actos de reconocimiento, o el amor que agradece.

XI. El abandono de la Ascética de la Misa

179. ¡El aspecto ascético de la santa Misa! Yo no sé cuál de los tres aspectos, dogmático, litúrgico y ascético, que os vengo presentando en el Sacrificio eucarístico, está más olvidado o desconocido o no tenido en cuenta por parte de los que frecuentemente asisten a él.

Pero ¿poner la Misa como fundamento, corona y realización de la vida ascética? ¿Reconocer en ella el fin y el medio *esenciales* de la ascética cristiana? ¡Quién para mientes en eso!

Veámoslo.

Fin de la ascética

180. Ésta, mírese como una ciencia que fija y enseña principios, como un arte que da reglas o como un modo de vivir, no tiene otro fin que poner al alma en disposición de dar a Dios la mayor gloria por medio del ejercicio de las virtudes.

El alma que habitualmente da más gloria a Dios, ésa es la más asceta y la más virtuosa.

Fin de la Misa

Dar desde la tierra a Dios la máxima gloria, no sólo que la tierra puede dar, sino que Él, con ser quien es, puede recibir.

Diferencia entre la Misa y los Sacramentos

181. Esta diferencia esencial hay entre el augusto Sacrificio y los santos Sacramentos: que aquél es principalmente para **dar,** y éstos para **recibir**. Aquél nos supone agentes, y éstos pacientes o recipientes.

Ved qué hermosa doctrina.

Por la Misa **damos gloria** a Dios, y por los Sacramentos **recibimos gracia** de Dios.

Esa gloria que damos a Dios por la Misa es, en el orden práctico, primero, *propiciación* que lo desagravia y aplaca por nuestros pecados y le hace volver el rostro hacia los que fueron sus enemigos. Segundo, y presupuesta la propiciación, esa gloria es *alabanza perfecta,* y que exactamente se merece Él. Tercero, es la *acción de gracias,* tan completa, que todas nuestras deudas de gratitud con Él, quedan abundantemente pagadas. Y, cuarto, es la *oración de impetración* más eficaz y valiosa que pueda llegar a los oídos de Dios.

Es decir, por medio de una Misa, *aplacamos, alabamos, agradecemos y oramos* a Su Majestad. Y, mediante todo esto, le damos gloria tan perfectamente, tan a gusto de Él, que no solamente no nos puede pedir más, si realmente hemos hecho *nuestra* la Misa, sino que se siente moralmente obligado a darnos tanta gracia por medio de los Sacramentos, de la oración y de la práctica de las virtudes, como gloria le hemos dado por medio de nuestra Misa.

Por eso, repito, ésta es para que los hombres den gloria a Dios, y los Sacramentos son para que reciban de Dios la gracia que les ha ganado la gloria de su Misa. Ésta viene a ser como la *causa moral* de la virtud de los Sacramentos y de todos los medios que de algún modo produzcan o aumenten la gracia.

¿Exageración?

182. ¿Verdad que lo parece ese poder dar el hombre, tan chico y tan de barro, tanto a Dios?

Y más que exageración y hasta mentira blasfema sería si el hombre no fuera más que un hombre. Pero los cristianos por el Bautismo, además de hombres, somos miembros del Cuerpo místico o moral de Cristo. Y, mientras estamos en gracia, por nosotros circula como por los miembros sanos de un cuerpo vivo, la propia sangre de nuestro Señor Jesucristo.

La Misa es la *oblación real del Sacrificio,* no sólo del Cuerpo físico de Jesucristo, sino del Cuerpo místico. Y, por consiguiente, de todos sus miembros sanos, o sea, que los cristianos en gracia, ofrécense y son ofrecidos a Dios como Misa, del mismo modo, con el mismo valor y aprecio que se ofrece Cristo.

Es decir, que así como por el Bautismo somos *incorporados* al Cuerpo místico de Cristo y somos uno de sus miembros, por la santa Misa somos *injertados* en su Sacrificio, de tal modo que corremos la misma dichosa suerte que el Cuerpo sacrificado a que pertenecemos.

Frutos del injerto

183. Y ¡qué consecuencia tan consoladora saco de aquí!

Por medio y en virtud de ese injerto mío en el Sacrificio augusto, siempre que ofrezco una Misa, la mando aplicar o participo en ella en estado de gracia, la Majestad de Dios recibe de esta criatura de polvo, la *misma,* ¡fijaos bien!, la *misma* gloria que le dan la propiciación, la alabanza, la gratitud y la oración de su Hijo inmolado, Cabeza, Alma y Vida del Cuerpo de que soy miembro.

Por eso el sacerdote, después de la consagración, elevando simultáneamente el cáliz de la sangre y la Hostia santa, puede decir en nombre de toda la Iglesia, que es su Cuerpo místico, ante el cielo, la tierra y los abismos, a la Trinidad augusta: Por medio de Él, con Él y en Él, tienes, Padre Omnipotente, en unidad del Espíritu santo, *todo honor y toda gloria.*

¡Qué gozo siente mi alma! Por muy ofendido, despreciado, blasfemado e injustamente tratado que sea Dios por parte de muchos hombres, mi Madre la Iglesia y cada uno de los

que tenemos la dicha de pertenecer a su cuerpo y a su alma, podemos dar a Dios *infinitamente más gloria* que ofensas puede recibir de los pecados de los hombres.

184. ¿Nos explicamos por qué hay sol en los días, y luna en las noches, y lluvias en tiempo oportuno, y alegría, y poder, y virtud en la tierra, y comunicación de Dios con los hijos de los hombres?

¡Hay Misas en la tierra! Y en todos los minutos del día y de la noche se está repitiendo el *por Él, con Él y en Él... todo honor y toda gloria.*

Meditemos y saboreemos ese inefable derecho, ese altísimo poder que nos confiere la Misa de cumplir con toda perfección el grande y único deber de nuestra vida, la sola razón de nuestra existencia y sola ocupación de todas nuestras facultades: **la gloria de Dios.**

Abandono de esa doctrina

185. ¿No es verdad que se suele buscar en la Misa más bien *lo nuestro,* la solución del negocillo, el remedio de la enfermedad o del apuro, etc., que *lo de Dios?*

No, hermanos. En vuestras Misas dejad lo vuestro para la *añadidura*, que Él no dejará de daros. Henchid vuestras almas de esta sola idea y de este solo sentimiento: ¡voy a dar o he dado a Dios en esta Misa *toda su gloria,* con tal de hacer *mía* esa Misa!

¿Qué satisfacción de deber cumplido y de deuda pagada puede compararse a la de *pagar a Dios como Él se merece?*

¿Tiene la ascética ciencia, arte o vida, recuerdo, medio o secreto más poderoso que la Misa para producir en las almas gloria de Dios?

Porque, oigámoslo bien: mientras más santidad posea la Iglesia, principal oferente visible del Sacrificio, y, por tanto, mientras más santos sean los que la forman, más intensa, agradable y acepta será la gloria que por cada Misa suba de la tierra al cielo. ¡A mejor injerto, mejor fruto!

Lo que pretende la ascética

186. El ejercicio o práctica de las virtudes es el medio que utiliza la ascética cristiana para llevar a las almas a que den mayor gloria a Dios y obtengan la unión con Él.

Ésa es su característica, que la distingue de la mística, que obtiene el mismo fin, aunque en grado de cantidad y calidad más elevado, por el ejercicio de los dones del Espíritu santo.

La gloria de Dios y la unión con Él, en definitiva, no tienen más enemigos ni obstáculos que nuestras pasiones desordenadas, nuestro egoísmo con su familia de soberbia, lujuria, avaricia, etc., que son los salteadores de esa gloria y unión.

La dominación de ese egoísmo y de su turbulenta familia por medio de las virtudes opuestas, con el auxilio de la gracia de Dios, ése es el arte, y la ciencia, y la vida de la ascética.

¡El vencimiento habitual de sí mismo! ¡Morirse a todo afecto desordenado!

Cómo lo obtiene la Misa

187. La Misa abrevia, facilita y obtiene, cual ningún otro remedio ascético, *la muerte a sí mismo.* No olvidemos que la Misa es la oblación del Sacrificio del Cuerpo, no sólo físico, sino místico, de Jesucristo. Por estar en gracia somos miembros vivos del Cuerpo místico de Jesucristo y por celebrar o participar en la Misa, somos ofrecidos en sacrificio con Él. Cada Misa nos pone en condiciones de *sacrificados.* En tanto ofrecemos y somos ofrecidos en sacrificio con Jesucristo, en cuanto vivimos y morimos con Él.

Por nuestra unión e incorporación a Jesús sacrificado en la santa Misa, realizamos al pie de la letra en nosotros el *muero cada día*, de san Pablo.

¡Qué pena que no conozcan estas consoladoras enseñanzas los que comulgan con frecuencia y todos los días o los más de ellos participan en la santa Misa!

¡Cuánto les importaría saber que la postura y el ademán de un cristiano en gracia de Dios después de su Misa *es quedarse y andar en cruz!...* Es decir, con sus brazos tan abiertos y ampliamente extendidos como los brazos de su Jesús en cruz. Con el corazón tan al descubierto como el de su Jesús en la Cruz. Con el desapego de la tierra y elevación sobre ella, de su Jesús suspendido de los clavos de su Cruz y enrojecidos rostro, pecho, manos, pies y cruz con la sangre propia y con el fuego del mayor y mejor amor...

188. Si el Sacrificio eucarístico es el acto central del culto y del dogma católicos, la clave del arco de la liturgia y de la fe, también lo es de la moral y ascética católicas.

Si unidos e incorporados por la gracia a Jesucristo en cruz, hacemos el acto supremo de culto y de alabanza y de fe, unidos en cruz a Él realizamos la perfección ascética. Si la perfección de la ley está en la caridad y la perfección de ésta es el Sacrificio, sacrificándonos cada día con Jesús sacrificado, realizamos el acto mayor y mejor de amor a Dios y de odio a muerte a su mayor enemigo, que es el egoísmo.

Abandono de este excelentísimo medio de la ascética

189. Y ahora pregunto:

¿Ven, entienden, sienten así su Misa muchos de los que a ella asisten?

Nada digo de quienes, aun queriendo no faltar al precepto de la Misa en días festivos, asisten de forma tan provocativa ellas, por las inmodestias de la moda, y con un aire de

aburrimiento y de curiosidad profanadora no pocos, que dan a entender bien a las claras que ni las unas ni los otros van a la Misa a ponerse en cruz con el Jesús de ella, ni salen con ganas de llevar la cruz de su Misa ni a sus ocupaciones ni a sus diversiones.

¡Pobrecillos! ¡Lo que desperdician!

190. Y mirando a los que frecuentan más el templo y se complacen en *asistir* a Misas, cuando los veo tan afanados en buscar en qué *ocupar* o *entretener* el tiempo de su Misa, me temo que también desperdicien o malogren los tesoros de santificación de la Misa a que devotamente asisten.

¡Qué!, ¿no les vendría mejor que leer oraciones rutinariamente, dedicar el tiempo de su Misa a avivar el estado de gracia de su alma, por un acto lo más ferviente que pudieran de contrición, para unirse lo más íntimamente posible a Jesús sacerdote y víctima, y con El ofrecer y ofrecerse en sacrificio latréutico, eucarístico, expiatorio e impetratorio a la mayor gloria del Padre celestial, al amor de nuestros prójimos y odio de nuestros egoísmos y de nuestros pecados?

¡Vaya si con pensar y saborear esto y de ahí sacar resoluciones prácticas, hay para ocupar la media hora de nuestra Misa y todas las horas de la vida!

XII. El abandono del dogma de la Comunión

191. Vuelvo a declarar que no quiero espantar ni retraer. Lo que quiero es que se comulgue más y mejor y se sienta más delicadamente acompañado el Jesús de nuestra Comunión.

Dos causas encuentro de abandono de estas delicadezas para con Él:

Por exceso: el de los *asustadizos y desconfiados,* por mirar la Comunión como *premio* de los que son justos. Este miedo quita Comuniones e impide y ahoga no pocos frutos de las que se reciben.

Por defecto: el de los *desaprensivos,* con distintos matices, desde los mercaderes sacrílegos que la toman como *mercadería* con la que se compra dinero, buena apariencia, etc., hasta los *rutinarios* que promiscuan sin remordimiento ni escozores de conciencia su vida y actos mundanos, sus modas y diversiones atrevidas, si no malignas, con la recepción diaria o frecuente de la sagrada Comunión.

El justo término: La Comunión es *comida* que pide de nuestra parte espiritual *estómago limpio* (estado de gracia) y un *poquito de hambre* recta y piadosa intención).

El dogma de la Comunión

192. ¡Cuánto habría que lamentar y que declarar sobre ese poco reparado abandono de la teología de la Comunión!

Creo, sin embargo, que lo mucho, aunque nunca suficiente, que tengo escrito sobre este tema [16], me releva de extenderme sobre él. Una reflexión tan sólo, que descubra algo ese abandono y despierte ganas de conocerlo a fondo para repararlo con energía. Y esa reflexión me la dará hecha la respuesta a esta pregunta:

Fin de la Comunión

193. ¿Para qué quiso y dispuso Jesús que se comulgara?

¿Para regalar sólo, o adornar las almas santas, como se regala un dulce al niño bueno? ¿Para facilitar al alma adquirir esta o aquella virtud, o subir a las privilegiadas a un grado superior de fervor?... ¿Para recibir Él más de cerca sus adoraciones? ¿Para ser el huésped benéfico de nuestra casa, el compañero de nuestra peregrinación?...

Más que para eso, Jesús quiere ser comulgado para un fin mucho más necesario y absoluto. Ese fin señalado y revelado con estas palabras: *"Mi carne es verdadera comida..."* [17].

¡Qué cuadro de maravillas de cielo y de misterios inefables se presenta ahora!

Ya tenemos el velo levantado y la luz encendida para entrar en ese laboratorio del alma que acaba de comulgar.

Inmediatamente, el fin es alimentar la vida sobrenatural del hombre todo con su Carne viva, y

Mediatamente y de modo gradual y lento, asimilar y transformar al hombre todo en todo Él.

194. La Comunión tiende por su propia virtud, y llega, si no se le pone obstáculo voluntario por el hombre, a unir, por asimilación, a cada hombre con Cristo, dándole a vivir la misma vida suya, no sólo de hombre, sino de Dios.

En unión tan íntima y en semejanza de vida tal como la de un hermano con su hermano, como la de un miembro de un cuerpo con otro miembro del mismo, de tal modo que toda Comunión, por propia virtud y por la intención de su divino Autor, no deja de obrar e influir hasta hacer de cada comulgante un hijo verdadero de Dios. Hermano perfecto de Jesús. Miembro vivo y rebosante de salud de su Cuerpo. Participante y heredero de todos sus bienes y méritos. En una palabra: *otro Jesús.*

---

[16] Cfr. especialmente *"Florecillas de Sagrario" y "Mi comunión de María".*

[17] Jn 6,55

El modo de la comida sacramental

195. He dicho antes que nuestro Señor se ha complacido en hacer todas sus obras a *modo de siembra.*

Él se ha reservado hacer por sí mismo lo que únicamente no podía comunicar: la *creación* de la vida de la semilla. Pero el desarrollo, el crecimiento, la lucha, la fecundidad de ésta, se ha dignado hacerlas a medias con las causas segundas.

La Comunión, más que una siembra, es una manducación, digestión y asimilación de Jesús vivo, por el hombre.

¿Para qué? sin duda para preparar gradualmente y obtener de cosecha *en su día, muchos hombres-Jesús,* y tal como hoy es y está Jesús en el cielo. Esto es, como Hombre-Dios sacrificado y glorioso. O más breve, como *Hostia gloriosa* del cielo.

Y no es ésta una afirmación nacida de un atrevimiento de fantasía o de retórica.

Es la palabra infalible del mismo Jesús quien la autoriza.

Él mismo que dijo: "Yo vine para que tengan vida la vida más rica y abundante de todas las vidas" [18], dijo: "El que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna o divina" [19]. Y no deja otro camino o modo para obtener esa vida: "Si no comiereis la carne del Hijo del Hombre, no tendréis vida en vosotros" [20].

Pero, esa vida que nos vendrá por la manducación de su Cuerpo, ¿será la misma vida suya entera, su vida, no sólo de hombre, sino de Hijo de Dios, y su vida de Hostia en el cielo?

No hay duda.

"Quien come mi carne..., en Mí mora y Yo en él. Así como mi Padre, que me ha enviado, vive y Yo vivo por el Padre, así, *quien me come, también él vivirá por Mí"* [21].

Por la Comunión de Cristo Sacramentado y *sólo* por ella, entra el hombre en Comunión y comunicación de su Vida divina y llega a hacerse otro Cristo.

Olvido de esta doctrina

196. ¡Qué pena da ver a tantas almas tratando años y años de su vida interior, espiritual, devota y piadosa, y empeñadas en buscarla en prácticas y doctrinas, por caminos y modos que nada o muy poco tienen que ver con esta práctica y doctrina únicas verdaderas y con estos caminos y modos únicos, seguros, de transformación en Cristo y la unión en caridad perfecta con Dios por la Comunión, como aquí expongo!

---

[18] Jn 10,10

[19] Jn 6,54

[20] Ib 53

[21] Ib. 56-57

¿Verdad que le tendría mucha cuenta a la piedad cristiana no olvidar jamás ese carácter *asimilativo y victimal* con Cristo, de la Comunión?

¡Se han separado tanto, por la piedad rutinaria y superficial, la Misa que es el Sacrificio, y la Comunión, que es la participación de él y comida de la carne sacrificada del Cordero de Dios!

¿Comulgamos para ser y dejarnos hacer cada día más *corderos sacrificados* por el amor de Dios y de nuestros prójimos?

XIII. El abandono de la liturgia de la Sagrada Comunión

De cómo la participación litúrgica de la santa Misa, incluye la mejor preparación y acción de gracias de la sagrada Comunión

197. Apuro es, y grande, para no pocos cristianos acertar en qué pueden emplear la media hora de la Misa, para no aburrirse en ella.

De ahí ese afán de rellenarla con devociones particulares, lecturas de oraciones, etc. Y cuenta que aquí no hablo más que de los buenos asistentes a Misa, y no de los distraídos, aburridos, charlatanes, provocadores asistentes a no pocas Misas, singularmente de días de precepto o de difuntos.

Un conocimiento, siquiera rudimentario, de la liturgia de la santa Misa, evitaría todos aquellos afanes por buscar rellenos píos a una media hora tan rebosante de misterios, enseñanzas y utilísimas atracciones y ocupaciones del espíritu cristiano [22].

¡Cuánto mejor asistir a la Misa siguiendo la ordenación litúrgica y comulgar en ella!

198. Con la atinadísima y razonable distribución litúrgica de la Misa ante la mente y dando de lado a otros libros y devociones, por buenos que sean, para sus tiempos y oportunidades, póngase el asistente al santo Sacrificio, a purificarse, iluminarse, entregarse, inmolarse, unirse y agradecer sucesivamente con la santa madre la Iglesia militante, que es la principal oferente, y el sacerdote celebrante. Comulgue cuando llegue su momento sólo con las disposiciones que el paso de esas consideraciones haya dejado en su alma y, ¡buena Comunión hará, a fe mía, y muy a gusto del Corazón de Jesús y de su Iglesia santa!

---

[22] Téngase presente que desde las nuevas normas litúrgicas del Con. Vaticano II, una participación más activa en la Misa, es lo normal. Y a eso es a lo que aspiraba don Manuel, según se deduce de los textos siguientes, adelantándose muchos años, a lo que el Vaticano II mandaría e impondría.

La Comunión en la Misa parroquial

199. Y sube de punto el encarecimiento del fruto de esas disposiciones, si la Misa en la que se participa es la comunitaria que el párroco cada domingo y día festivo, celebra precisamente por su pueblo, y en la que éste toma parte activa, como quiere la Iglesia.

¡Qué hermosa y viva representación en la unidad, santidad y catolicidad de la Iglesia es esa unión y colaboración activa de los fieles con su pastor en el acto central y esencial del culto, el ofrecimiento del Sacrificio de la *mayor gloria de Dios,* y en la participación del mismo por la Comunión, que es la *mayor gracia de Dios!*

Asistan todos los más feligreses que puedan: altos y bajos, ocupados y desocupados, a su Misa parroquial. Canten en ella. Adornénse y llénense de la *purificación* de las faltas propias; *iluminación* por la predicación de los enviados de Dios; *entrega* de todo lo propio; *inmolación* del corazón y de la vida con Jesús inmolado; *unión* por la Comunión y *agradecimiento* del Sacrificio y de su participación, que enseña y practica su liturgia, y la comunidad cristiana dará pasos de gigante, no sólo en la perfección individual, sino en la paz, caridad y justicia sociales.

El tiempo de comulgar

200. Como aquí no me dirijo exclusiva ni principalmente a sacerdotes, dicho se está que no he de ocuparme en las ceremonias y ritos con que aquéllos deben administrar el augusto Sacramento.

A los fieles en general me dirijo, y sólo pretendo recordarles e inculcarles lo que de la sagrada liturgia eucarística a ellos atañe y está más olvidado y singularmente sobre el tiempo y el modo de comulgar.

Si se trae a la memoria lo que en capítulos anteriores he repetido, a saber, que la sagrada Comunión no es sólo ni principalmente un banquete de honor, de fiesta o de regalo, sino una *comida sacrificial,* o sea, una participación del augusto Sacrificio de la Misa, por la cual comemos la carne y bebemos la sangre de Jesucristo, que han sido *ofrecidas en sacrificio* real. Si recordamos, repito, esta verdadera noción de la Comunión sacramental, no vacilaremos en responder a esta pregunta: ¿Cuál es el tiempo de comulgar más conforme con la liturgia?

Indudablemente, el tiempo más próximo y unido al del Sacrificio, de que es participación. Es decir, a continuación de la Comunión del sacerdote celebrante.

Ése es el tiempo propiamente litúrgico de la Comunión de los fieles, y sobre ese supuesto de que éstos se unan a aquél, no sólo para ofrecer el Sacrificio *mío y vuestro,* dice el sacerdote, sino también para participar de él, comiendo la Víctima santa, están hechas las oraciones del Misal, lo mismo para la preparación que para la acción de gracias.

201. Cierto que la Iglesia, madre benigna, inspirada en los sentimientos y ansias de su divino Fundador, de ver llena su casa de comensales, condesciende con que se pueda dar y recibir la sagrada Comunión fuera de la santa Misa. Pero no se olvide que es *condescendencia* con la falta de tiempo, de Misas, de facilidades y con la sobra de ocupaciones.

El gusto, la preferencia, la intención primera de la madre Iglesia es que se comulgue dentro de la santa Misa.

Así lo practicó perpetuamente la Iglesia y así lo enseñó e hizo saber en el Concilio de Trento y el Código de Derecho Canónico.

¡Qué contrarias son, pues, al espíritu litúrgico, exclamaciones como éstas de personas piadosas: no me gusta mezclar ni atropellar devociones. La Misa a un lado y la Comunión a otro. Con hacer las dos cosas juntas, oír Misa y prepararse a comulgar, no se sabe a qué atender. A mí no me gusta comulgar a plazo fijo, sino cuando he rezado y leído toda la preparación de mi devocionario... Me resulta tan pesado esperar toda una Misa para comulgar... Y otras distintas, pero que convienen entre sí en desconocer prácticamente que no hay mejor preparación ni acción de gracias para la sagrada Comunión, que una Misa bien oída o meditada, no precisamente según éste o aquel devocionario, sino según el propio Misal!

El abandono de la liturgia de la Comunión en el vestir

202. Advierto que al hablar aquí de la liturgia del vestido para la Comunión, no tomo la palabra liturgia en un sentido riguroso, sino amplio.

Aunque la liturgia propiamente no da prescripciones más que sobre los vestidos de los ministros de la Comunión, por ampliación y como por correspondencia, también impone a los comulgantes ciertas condiciones en su modo de vestir al acercarse a la mesa santa.

Si al sacerdote no le es lícito, fuera del caso de necesidad, administrar la sagrada Comunión con su traje ordinario, sino que por respeto y veneración al Sacramento, ha de revestirse de ornamentos sagrados ¿no será muy conforme a la razón y justicia que al fiel que se dispone a gozar del honor y de la dicha de ser comensal de tan rica y augusta mesa, se le exija en su traje alguna señal extraordinaria de veneración y respeto?

Y digo *alguna señal*, porque, siendo la Comunión para todos, para ricos y para pobres, y por intención y deseo de su divino Autor, manjar de todos los días, la santa madre Iglesia jamás ha mandado determinada forma ni clase de vestido para comulgar, no fuera a poner el más leve obstáculo a la frecuente Comunión por parte de los impedidos por pobreza o cualquier otro motivo de adquirir o usar el traje preceptuado.

A una sola condición ha reducido la santa Iglesia lo que pudiera llamarse liturgia del traje para comulgar, y esa condición se llama *decencia.* Y cuenta que decencia no es suntuosidad, ni galas, ni lujo...

No está la decencia del traje en su valor, que no está al alcance de todos por igual, sino en su limpieza y en su modestia. Y en esto, que está a la disposición de todos, es en lo que la madre Iglesia pide algo extraordinario al comulgante.

¡Qué bien entendieron nuestros mayores este sentir y desear de la Iglesia!

203. Antes, en tus Sagrarios más frecuentados, Jesús mío, cuando se alzaban los ojos, no se veía más que a Ti. Hoy en muchos de ellos no se te puede ver *¡porque no se puede mirar!*

¡¡No se pueden abrir los ojos!! Entre tu Hostia y los ojos de los que te buscan, han levantado una pared la lujuria y la vanidad, con actitudes provocativas de gentes que, yo no sé por qué, todavía se llaman devotas y están en el templo...

-Señor Obispo, me han dicho muchos jóvenes que quieren ser cristianos de verdad, ¡ni aun en los Sagrarios se va pudiendo ya estar en paz con Jesús!

¡Abandono de Sagrarios acompañados, y muy elegantemente acompañados! ¿Cómo no sentirte y desagraviarte? ¿Cómo no sentir lo solo y *avergonzado* que se sentirá Jesús, asediado y oprimido por esas turbas inmodestas y provocadoras?

De mí os digo que me deja amargura en el alma para todo el día, la mañana en que me veo precisado a dejar sin comulgar a alguna de esas inmodestas devotas, sin duda más vanidosas o cobardes que malas, y que estoy viendo venir castigos terribles de Dios para esta pobre sociedad que parece que tiene por principal ocupación y obsesión robar y hasta raer el pudor de las mujeres honradas y cristianas y de los niños y las niñas.

204. Escribiendo estas líneas leo en la prensa que el Obispo de una populosa ciudad italiana. se ha visto precisado un domingo a mandar cerrar las puertas de su catedral a los asistentes de la Misa de doce... ¡No le quedaba ya otro remedio de evitar esas sacrílegas exhibiciones de desnudeces a que se van reduciendo muchas de esas Misas de días festivos!...

En el siglo III de la Iglesia, el gran apologista cristiano Tertuliano, echaba en cara a los gentiles este apóstrofe: ¡os hemos dejado vuestros templos solos!

Dios mío, ¿habrá llegado la hora de convertir el apóstrofe a los paganos del apologista, en oración a Ti?... Ante tanta mujer cristiana obstinada en preferir la insolencia de su desnudez al honor de su fe y a la hermosura de su pudor, ¿no va llegando la hora de pedirte a Ti y de imponerles a ellas *¡que nos dejen solos nuestros templos!?*

Mujeres cristianas, todavía muy numerosas, que aun tenéis ojos para ver, y oídos para oír, y cara para enrojeceros de vergüenza, y corazón para compadecer y desagraviar: ¡a desinfectar de inmodestias los Sagrarios acompañados!

En honor y desagravio de la Hostia santa, pura e inmaculada y de vuestro propio sexo, no vayáis a la iglesia sino decentemente vestidas.

XIV. El abandono de la Ascética de la Comunión por los que la reciben

El punto de vista teológico de la Comunión

205. *La asimilación gradual y lenta a Cristo, Hostia gloriosa del cielo,* he aquí el verdadero punto de vista teológico y el fin de tu Comunión, como el fin de tu comida natural es la asimilación del alimento a tu cuerpo.

¡Misterio inefable! ¿verdad?, pero a la par principio y razón de un cúmulo de maravillas que se obran en tu alma y que, ¡ay!, tu alma apenas, apenas, si echa cuenta en ellas.

Sacerdote, como tú debes comulgar muy bien, muy bien debes enterarte de las consecuencias ascéticas de ese principio y misterio fisiológico-espiritual.

Como que en ellas se contiene el secreto de tu dicha en la tierra y en el cielo. ¡Tu santificación! O, en otra palabra, ¡tu divinización!

Consecuencias ascéticas

206. 1ª. La nutrición no depende sólo del poder nutritivo del alimento, sino de la aptitud y medida de las facultades nutritivas del que come.

Por consiguiente, aunque la Eucaristía de suyo sea de valor nutritivo infinito, no nutrirá sino en *la medida* que permitan las facultades *nutritivas y asimilativas* del que comulgue.

Esta *limitación* que impone Cristo a su poder es tan misterio de caridad y humildad en Él, como para mí *estímulo* de cooperación y entrega a Él sin limitación.

2ª. Si hay comida, hay digestión. Si hay digestión, hay *asimilación.* La comida es para la *asimilación.*

Ley de la asimilación fisiológica es, que el alimento, por ser de naturaleza inferior, se convierta en la naturaleza de la substancia del que come.

En esta Comida sobrenatural, como el alimento es de substancia infinitamente superior a la substancia del que come, ésta es la que se convierte o asimila. Y como este alimento no es sólo de substancia infinitamente superior, sino que es, además, un alimento vivo, el que come a Cristo vivo se asimila no sólo a la *substancia,* sino a la *vida* de Cristo.

Por tanto, la Comunión, por *propia virtud* y mientras no encuentre obstáculos voluntarios, labra en todo el comulgante y en cada una de sus facultades la asimilación o la semejanza, no sólo al *ser,* sino al *vivir* de Cristo. O sea, que por la Comunión bien

digerida, cada día tenemos no sólo más *gracia* en nuestra alma, que es el *ser* de Cristo, sino más fe o fe más viva en la inteligencia, más caridad en el corazón, más prontitud en nuestro proceder, que ése es el *vivir* de Cristo.

207. 3ª. Que esta *asimilación* sobrenatural al *Ser* y a la *vida* de Cristo, como la natural, es *lenta, gradual,* hasta llegar a *total o integral.*

Ésta es ley de todas las asimilaciones hechas con regularidad. Es decir, que por virtud de la Comunión bien *digerida*, el comulgante pasa por distintos grados, como Jesús los pasó para llegar a ser nuestro alimento y nuestra vida.

A la manera que Jesús pasó en su vida mortal por la negación de Sí mismo, en pobrezas y desprecios y muchos trabajos, por la Pasión y la Muerte, y en la vida inmortal por la Resurrección, la Ascensión y el triunfo o glorificación eterna de su Cuerpo y de su alma en el cielo, como Sacerdote y Hostia eternos, así el hombre comulgante fiel *pasará* en la tierra por grados de fe cada vez más viva hasta llegar al *don de Sabiduría*. De la *caridad* cada vez más ardiente y purificada a Dios y al prójimo, hasta llegar al *matrimonio espiritual* con Aquél, pasando por la noche del sentido, por la oración de quietud, contemplación, noche del espíritu, etc. Y en general, de las virtudes practicadas cada vez con mayor fidelidad, y del vencimiento de sí mismo, hasta llegar a la posesión de los Dones, y por ellos, de los regalados frutos y bienaventuranzas del Espíritu Santo.

Y hasta el cuerpo del comulgante tendrá su parte en esta *asimilación gradual* a Cristo, pues por la Comunión bien recibida y digerida, irá el cuerpo creciendo en su subordinación al alma, y sus apetitos y pasiones a la voluntad y a la razón.

La asimilación *completa* se hará en el cielo por el *lumen gloriae* que es la gracia de Cristo consumada, por la cual el entendimiento verá a Dios como es y en Él descansará y se abismará. La voluntad, rebosante de la *caridad perfecta,* se gozará sin fin en Él. Y el cuerpo resplandecerá y se transfigurará con las dotes gloriosas. Y el hombre, el venturoso *comensal de la Eucaristía*, llegará a la perfección suma, a la plenitud de parecido y de unión con Cristo, su manjar, su modelo y su asimilador.

208. 4ª. Que por la misma razón de darse Jesús al modo de la comida natural, que se repite, y mientras más mejor, así debemos repetir la Comunión.

El Bautismo, por ejemplo, no se repite porque la gracia suya no se da como *comida*, sino como *nacimiento* a la vida sobrenatural, y no se nace más que una vez.

En el Bautismo hay *muerte* del hombre viejo, el del pecado original y totalmente extraño a Jesucristo, y se *nace* a la vida de la gracia, y las dos cosas no se hacen más que una vez.

Y 5ª, y es la consecuencia más práctica. Que para que la Comunión obre en nosotros esos misterios y maravillas de asimilación y transformación, no nos toca más que esto: *dejarnos hacer hostias,* poniendo *toda nuestra voluntad* en morirnos a nuestro egoísmo y entregarnos al amor de Dios y de los prójimos por Él.

Una pregunta de respuesta muy triste

209. ¿Se conoce, se divulga, se comenta, y, sobre todo, *se practica* esta verdadera doctrina de ascética y mística por la Comunión bien comida y digerida?

¡Sacerdotes, sacerdotes, almas de Sagrario!... ¿son nuestras Comuniones *sumas o restas* de caridad?

XV. El abandono de la Eucaristía-Presencia real

Los cuatro abandonos

210. Expuestas en capítulos anteriores varias de las formas de abandono con las que afligen al Corazón Eucarístico de Jesús en su estado de Misa y Comunión, no los infieles o herejes, impíos o indiferentes que, o no creen en Él o no lo tratan jamás, sino sus amigos, sus asiduos comensales y visitantes, quédame, para dar remate a este somero y triste estudio, presentar algunos modos de abandono que también por parte de sus acompañantes recibe hartas veces nuestro paciente Jesús en su vida o estado de Sagrario.

Y, sin más preámbulos, puesto que hablo con corazones amigos y enterados, con los que no hay que gastar tiempo disipando prevenciones o ignorancias, apunto las formas de abandonos con que, a mi pobre juicio, lastiman (y no digo *ofenden* porque casi siempre es más la rutina o la ligereza que la mala voluntad la actora) las almas buenas al Corazón de Jesús en su presencia real del Sagrario.

A saber:

El Corazón de Jesús suele estar abandonado en sus Sagrarios acompañados:

1º. Por la escasa *compañía de presencia* corporal y espiritual.

2º. Por la débil *compañía de imitación.*

3º. Por la fría *compañía de compasión.*

4º. Por la rarísima *compañía de la confianza* filial y afectuosa.

Cierto que ninguna de esas faltas de compañía pueden pesarse, contarse ni medirse por los medios humanos. Pero los ojos, los oídos y sobre todo, el Corazón que miran, oyen y palpita al lado de allá de la puertecita dorada, ¡vaya si pueden pesar, contar y medir esas faltas y echar de menos las compañías a que esa rica, exuberante, regalada, fecunda y radiante presencia real tiene derecho!

211. ¡Cuántas veces, ante una gran muchedumbre de cabezas inclinadas ante el sacerdote, que bendice con la Hostia consagrada o la pasea en triunfo, se derraman dos

clases de lágrimas: de satisfacción y consuelo por nosotros los que estamos al aldo de acá, por lo que se rinde ante la presencia de Jesús, y de pena y desconsuelo, al lado de allá, por lo que no se acaba de rendir y dar a Jesús!...

¡Está Él en el Sagrario *tan dado* a cada uno de nosotros! ¡Tiene tanto derecho y nosotros tanto deber de que nos demos a Él de *todos los modos!*...

¡Cuánto hay que hablar de esto, amigos míos!...

XVI. El abandono por la falta de presencia

La presencia corporal

212. Hablo de Sagrarios en los que no faltan Comuniones y visitas, y aun de los de muchas Comuniones y visitas.

Y de ellos digo que las más de las veces el Corazón de Jesús, que allí mora, más motivos tiene para quejarse del abandono de los que no van nunca o lo que debieran, que para alegrarse de la compañía de los que le obsequian cada día con su presencia.

Unas cuantas preguntas, tan sólo, sin necesidad de añadir la respuesta, irradiarán la luz meridiana a la cuestión.

En esos Sagrarios acompañados ¿dan el obsequio y homenaje a su presencia todos los católicos que viven a su sombra?

¿La mayor parte de ellos, siquiera?

Si no la mayor parte ¿un tanto por ciento a lo menos de consideración, como el cincuenta, el cuarenta, el treinta, ¡el veinte por ciento!?

Y nota que pregunto por la *presencia* como obsequio y homenaje al Sagrario, no como curiosidad a los objetos de arte del templo, como devoción a alguna imagen o asistencia a algún acto de la iglesia.

Mi pregunta es ésta: ¿son muchos los vecinos y vecinas de un Sagrario que van a su parroquia, a su iglesia, a visitar a su Vecino Jesús, a echar un rato con Él?

¿Verdad que es menos triste responder con el silencio que con cifras desnudas?

La presencia espiritual

213. Pero avancemos en ese desolador interrogatorio. De esos cinco, diez, veinte por ciento de los vecinos que van a su Sagrario cada día o muy frecuentemente y le dan aspecto y casi título de Sagrario acompañado, ¿obsequian y honran al Jesús que allí vive con toda la *presencia* que Él tiene derecho a esperar y ellos obligación de ofrecer?

Y allá van preguntas: Jesús está en el Sagrario no *en momentos* del día o de la noche sino en todos los minutos del día y de la noche... Y está no en representación de imagen o en una reliquia de su cuerpo, o en una palabra de su boca, sino que está presente, entero y vivo, en cuerpo, sangre, alma y divinidad...

Pues bien, yo no pregunto si los que conocen esta dulcísima presencia *de todo Jesús* en su Sagrario, le corresponden con su presencia perenne de cuerpo y alma, que ya sé que no puede ser, ni Él lo pide. Sino esto sólo: los enterados de la presencia real y perenne de Jesús en el Sagrario ¿le corresponden con toda la presencia corporal y espiritual *compatible* con sus otras atenciones?...

214. Si el amor se goza en la presencia, los que dicen amar a Jesús Sacramentado con toda su alma y *sobre todas las cosas*, ¿se pasan más tiempo con Él que con las demás personas y cosas que dicen amar menos que a Él?

Ya sé que aunque quisiéramos no podemos dar a nuestro Sagrario toda la presencia corporal que Él se merece y tiene ganada por su permanente presencia corporal en él. La dificultad del tiempo, de la distancia, de las ocupaciones, de la puerta cerrada de la iglesia, de la salud, etc., etc., limita, es cierto, la satisfacción de nuestros deseos... Pero vuelvo a preguntar: si en lugar de este nombre «casa de Jesús Sacramentado», pusiera yo este otro: «casa de mis hijos, de mi esposa o de mi esposo, de mi amigo o de mi amiga, de mi negocio o de mis entretenimientos», pregunto ¿dejaría de visitarla y frecuentarla en la misma medida que aquellas dificultades me impiden visitar mi Sagrario?

215. Otra pregunta más: doy por ciertas e insuperables todas las dificultades que disminuyen mi presencia corporal ante el Sagrario, pero ¿con mi presencia *espiritual* o en espíritu, quién puede meterse?

Trabajar, andar, descansar, reír, llorar de *cara al Sagrario*, mirando a él, como si se estuviera ante él... ¿puede haber muchas dificultades exteriores para eso? ¿No viven en esa presencia mutua, espiritual, los que de verdad se quieren y a pesar de dificultades de tiempo, de distancia y de trabajos?

***

216. Almas que comulgáis diariamente y visitáis cada día el Sagrario de Jesús, llevaos estas preguntas a una de esas visitas, y allí, fijándoos bien en la puertecita que lo encierra noche y día, meses y años, poneos a contestarlas...

¡Qué bien os vendrá un examen práctico sobre este punto!: ¿doy toda la *compañía de presencia corporal y espiritual que debo y puedo* a Jesús, real y perennemente presente en mi Sagrario?...

¿No tengo que arrepentirme de ningún abandono?...

XVII. El abandono de la compañía de compasión

217. Como Jesús en nuestros Sagrarios no tiene una presencia estatuaria, sino real y viva, así la presencia con que debemos corresponderle no ha de limitarse a ser sólo presencia, como la de un candelero, una estatua, más o menos artística, o un mueble que decore, sino que ha de aspirar a ser presencia de *todo* nuestro ser racional y vivo. O sea, presencia corporal y espiritual. Pero ahondemos en esa presencia espiritual.

Cómo está Jesús en el Sagrario

218. Si Jesús está presente en el Sagrario con sus ojos que me miran, yo debo estar ante el Sagrario mirando con mis ojos de carne la Sagrada Hostia, cuando me la dejan ver; y con mis ojos del alma el interior de esa Hostia.

Si Jesús está en el Sagrario con sus oídos para oírme, yo debo estar ante el Sagrario con mi atención para oírlo y con mi mayor interés para hablarle.

Si Jesús está presente en el Sagrario con sus manos rebosantes de dones para los necesitados que se lleguen a pedírselos, yo debo estar ante el Sagrario con mi indigencia expuesta en el plato de mi confianza.

Si Jesús está en el Sagrario con el Corazón palpitante de amor sin fin a su Padre y de amor hasta el fin a nosotros; si ese amor que sube a su Padre es infinitamente *latréutico*, porque lo alaba como Él se merece, e infinitamente *eucarístico,* porque le da gracias por los beneficios que nos hace hasta dejarlo satisfecho, e infinitamente *expiatorio,* porque lo aplaca por los pecados con que le ofendemos, hasta ponerlo en paz. Y es infinitamente *impetratorio,* porque con clamor válido intercede y ruega por nosotros. Y si ese amor que desciende desde su Corazón a los hijos de los hombres, es amor de Padre, hartas veces menospreciado. De Hermano, casi siempre desairado. De Amigo, las más de las veces abandonado. De Esposo, muy poco correspondido. Y de Rey, muchas veces desobedecido, vilipendiado y traicionado... Si todo esto es así, yo debo estar ante el Sagrario con *todo* mi corazón y con todo el amor de él, para sumergirme en aquel Corazón y palpitar con sus mismas palpitaciones y amar como Él ama, alabando, agradeciendo, expiando, intercediendo al Padre celestial y disponiéndome a darme por Él de todos los modos a mis prójimos hasta el fin, sin esperar nada...

219. En menos palabras: si Jesús está en el Sagrario para prolongar, extender y perpetuar su Encarnación y su redención, lo menos que yo debo hacer es presentarle mi alma entera con sus potencias, y mi cuerpo entero con sus sentidos, para que se llenen y empapen de sentimientos, ideas y afectos de Jesús Redentor encarnado y sacramentado...

Ésta, ésta es la compañía de compasión, la que pone entre Jesús y yo presentes comunicación y cambio de miradas, de palabras, de necesidades, de afectos... La que me hace mirar, hablar, oír, pedir, recibir, confiar, sentir y amar como Él y con Él...

Cómo debo estar yo con Jesús en el Sagrario

220. Llena el alma de ese vivir sintiendo y *compadeciendo* con Él, procura no ver, ni oír, ni sentir, ni querer las cosas, los acontecimientos y a las personas, sino como Jesús desde su Sagrario las ve, oye, siente y quiere. Y de esta suerte la presencia nuestra ante el Sagrario, que por ser corporal está limitada sólo al tiempo en que estamos delante de El, por esta compasión le podemos acompañar no a ratos, sino siempre, siempre...

Por esta compañía de compasión, nuestro corazón y nuestra vida se convierten en eco del Corazón y de la Vida que palpitan en nuestro Sagrario...

Alma que crees con fe viva en la presencia real de Jesús en la Eucaristía ¿puedes medir la inmensidad del amor que el Corazón de Jesús recibiría en su Sagrario y de la dulzura y seguridad y paz que te inundarían, si tu corazón no tuviera más ritmo que el ritmo del Corazón de Jesús Sacramentado?

Dos corazones con el mismo ritmo son un solo corazón. Ésa es la obra de la compasión perfecta.

***

221. Y ahora, unas preguntas a las almas reparadoras:

El Jesús de vuestros Sagrarios ¿está acompañado por la *unidad de ritmo?*

¿Se da al poco conocido y menos amado Corazón de Jesús Sacramentado, el honor, la acogida y el desagravio de esa *compasión?*

¿No proferirá la misma queja, muchas veces rodeado de comulgantes y visitantes, que en medio de las muchedumbres de Palestina: "Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de Mí?" [23].

Soledad en tus sentimientos y en tus amores ¡cómo te hará sufrir no pocas veces en tus Sagrarios acompañados, Jesús mío!

XVIII. El abandono de la compañía de imitación

El modo de la vida eucarística

222. Si la presencia real de Jesús en su Sagrario pide y exige la compañía nuestra de *presencia* corporal y espiritual viva y animada, esto es, si su presencia con sus sentimientos y afectos pide de nosotros la compañía de *compasión,* el modo de su presencia en la Eucaristía merece la compañía de *imitación.*

Jesús, en cuanto hombre, es siempre imitable. Ese precisamente fue uno de los principales fines de hacerse hombre: enseñar con su ejemplo a dar gloria a Dios santificándonos.

---

23 Mt 15,8

No sólo es imitable, sino que tenemos obligación de imitarlo:

1º. **Respecto del Padre.** El Padre Eterno no ama más que a su Hijo, y todo lo que no sea su Hijo, en tanto es amado por el Padre en cuanto lleva la imagen de su Hijo (en el modo que pueda llevarla: como vestigio, huella, efecto, imagen o semejanza), y, de este modo, amando a las criaturas, en realidad las ama por su Hijo o a éste en ellas.

El hombre, como ser racional, puede ser más que vestigio como la piedra o la planta. Es imagen. Por su naturaleza espiritual es imagen natural de Dios. Por la imitación de Jesucristo, por la gracia, es imagen sobrenatural de Él y sólo por este título o motivo será amado y recibido por el Padre. *A los que de antemano conoció, también los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo* [24].

El amor pleno y perfecto de Dios, que es la gloria, no será más que para las imágenes vivas y perfectas de su Hijo, que son los bienaventurados.

2º. **Respecto del Hijo.** Él es no sólo la única verdad y la única vida, sino el *único* camino. Él es la *única* puerta para su Padre y el cielo.

Seguir o andar el camino de Jesucristo, y entrar por la puerta de Él, es *imitarlo.*

3º. **Por la parte contraria.** Porque fuera de la imitación de Jesucristo, no hay imagen ni ejemplo perfecto que imitar, ni camino seguro que seguir, ni fuerza eficaz que ayude, ni autoridad que lo imponga.

223. Quedándose Jesucristo a vivir con nosotros en la Eucaristía, no sólo no ha dejado de ser en ella nuestro modelo, como lo fue en su vida mortal y lo será en el cielo, cuando resucitemos con Él y por Él, ¡siempre modelo! y ¡único modelo!, sino que hay razones especiales para tomarlo como tal en ese estado o modo de vivir.

A) Como la Eucaristía es la reproducción viva y constante del Evangelio, y todo lo que hizo allí, de un modo o de otro, lo repite aquí, imitándolo en la vida eucarística, por lo pronto ya se cumple con la obligación de imitarlo en su vida y se obtienen los frutos de su imitación.

B) Y no sólo no se pierde en ese modo de imitarlo, sino que se gana. La imitación de su vida eucarística es tanto más *difícil* cuanto es sobrenaturalmente más recta y de mayor fruto para nosotros y para nuestra condición.

Para ésta, a fuer de sensible, el modelo más apto y fácil *es el que se ve y se oye,* con sentidos corporales. Y el más
difícil, laborioso y sobrenatural es el que se percibe sólo con la fe, como aquí. Es más honroso para Él por lo más que nos cuesta imitarlo; por el mayor mérito de la fe; por la delicadeza de la mayor gratitud con que correspondemos a su gran valentía en ponerse en riesgo de humillaciones, postergaciones, negaciones y adulteraciones inauditas, al hacerse modelo *invisible y callado,* y por la reparación y desagravio que, al imitarlo ahí, le damos por esas humillaciones.

El modo de nuestra vida

[24] Rm 8,29

224. ¿Que cómo puede ser modelo aquí, *callado e invisible?*

En eso mismo que nos certifican nuestros sentidos, unido y comentado con lo que de Él nos dice la fe.

Esta fe nos dice de cierto: primero, que *está* (presencia real permanente). Segundo, que está dispuesto a *darse* a todos en comida (Comunión). Y tercero, que está como Cordero *sacrificado* al Padre por todos (Misa).

Unamos ese *estar, darse y sacrificarse* Jesús, Dios y Hombre verdadero, siempre y en cada Sagrario con su *silencio e invisibilidad* de Jesús Sacramentado, y ¿qué más modelo?

Estar en nuestro deber: mandamientos de Dios y de la Iglesia, propio estado y voluntad de Dios en cada hora y minuto. *Darnos* a nuestros prójimos buenos o malos, agradecidos o ingratos. Y *morir a nosotros mismos*, y como *corderos* sacrificados ofrecernos a la mayor gloria de Dios y santificación propia y ajena, porque así lo hace Jesús Sacramentado, en silencio e invisiblemente como Él lo hace y para honrarlo y desagraviarlo en su caridad callada e invisible del Sagrario. Ésa es sin duda la más perfecta imitación y la más fecunda para Dios, para los hombres, para los pueblos y para nosotros mismos.

Tres puntos de examen

225. Almas de Sagrario, deteneos sobre estos tres puntos de examen. Seguramente en los ratos que preceden o siguen a vuestras Comuniones o que invertís en vuestras visitas, habéis rendido homenajes al Rey Jesús y tiernamente platicado con el Padre, Hermano, Esposo y Amigo Jesús, y habéis hecho muy bien. Pero ¿habéis unido en vuestra mente y en vuestro corazón a todos esos títulos y oficios el estado de Cordero con que los ostenta y ejerce desde el Sagrario y el altar?

¡Rey *en Cruz!*
¡Padre *sacrificado* por sus hijos!
¡Hermano *sacrificado* por los suyos!
¡Esposo *sacrificado* por su esposa!
¡Amigo *sacrificado* por sus amigos!
Ése es y así está Jesús Sacramentado.

¡Cordero-Víctima en la Cruz, en el cielo, en la Misa, en la Comunión y en la soledad del Tabernáculo!... ¡Hostia en silencio! ¿Son muchas las almas que, por comerte frecuentemente van *asimilándose* tu vida de Hostia, y por rozarse mucho contigo, van aprendiendo a vivir calladas en la cruz de su deber, de su abnegación?...

Imitación del Cordero de Dios Sacramentado, ¿tienes muchos partidarios y amadores?...

Hogares, talleres, clases, oficinas en donde viven o trabajan comulgantes y visitadores de Jesús, ¿veis entrar por vuestras puertas muchos *corderos?...*

XIX. El abandono de la compañía de confianza

226. Aunque en la compañía de compasión, o de unión de afectos y sentimientos con el Corazón de Jesús Sacramentado, va incluida la compañía de confianza, paréceme conveniente dedicar a ésta capítulo aparte.

Qué es la compañía de confianza

Es la misma unión con el Corazón de Jesús que produce la compañía de compasión, llevada hasta el total olvido de sí propio y el abandono total a su Corazón.

Es decir, vivir el alma tan unida y compenetrada con el Corazón de Jesús Sacramentado que no se ocupe ni preocupe de sus propios cuidados y gustos, sino de esto sólo: de que Él esté contento.

Los frutos

227. Vivir esta confianza es quitar de mi vida ese cúmulo de anhelos, inquietudes, angustias y pesares por lo que creo, espero o temo que voy a necesitar, a sufrir o a dejar de gozar, y sustituirlo por esta sola idea y este solo sentimiento y esta única persuasión: haga yo bien lo que Él me pide *ahora* y Él se cuidará de lo demás.

Vivir de esta confianza y sólo de ella, es destronar de en medio de mi corazón mi amor propio, ambicioso *métome en todo,* tirano desarreglador de mi vida y poder maléfico que de cada uno de mis cuidados trata de hacer un ladrón de mi paz. Y entronizar en él la Hostia de mi Comunión de cada día para que el Jesús de ella sea el único Rey y el único ordenador y arreglador y cuidador de todo lo mío y de cuanto a mí se refiere.

Sus modos

¡Qué acción de gracias tan buena para nosotros y tan gustosa para Él sería ese pasarse un día y otro día, contando con el poder, la influencia, la sombra bienhechora, la virtud y la defensa de Jesús, que cada día recibo y cada vez que quiera visito!

Sus motivos

¡Pues qué! Él, que no vacila en vivir tan cerca de mí y tan al alcance de mi mano y en venirse a vivir en la pobre casa de mi alma para que yo le pueda llamar con toda exactitud *mío, mío:* huésped *mío,* manjar *mío,* vida de la vida *mía.* El Jesús rico, generoso, espléndido, y, a fuer de amante, derrochador, que se me da entero, cuando yo le busco ¿va a regatear el darme sombra, protección y auxilios, que, aunque valgan mucho, valen siempre menos que Él?

Él que es tan rumboso en dar lo más, que es su propia carne y sangre, ¿va a ser corto en darme lo menos, que son sus auxilios a mis cuidados?

Cómo se echa de menos

228. No, no; el Corazón de Jesús en el Sagrario, quiere, espera, ansía la compañía de nuestra confianza sin límites ni barreras en Él.

No dársela es hacerle una de estas dos ofensas, o las dos juntas: la ofensa de la *soberbia* que dice no te necesito, me basto yo. O la ofensa de la *incredulidad* o de la *fe a medias*, que murmura desdeñosa: en estas menudencias mías ¿cómo se va a meter un Dios?

Si el Sagrario es la posición más próxima y la postura más asequible, que ha podido tomar Dios para ser lo *más Padre* posible de sus hijos los hombres, ¡cómo la desconfianza, que los *pone tan lejos,* pesará sobre ese Corazón tan tierno y *sensible,* y cómo le herirá con las espinas de la soberbia, incredulidad, tibieza de fe, dureza de corazón, ligereza de espíritu y flaqueza de memoria con que se amasa y forma!

Contar con Jesús porque es Jesús

229. Si todos contamos con el calor y la luz del sol de cada día, porque es sol, ¿por qué no hemos de contar sin titubeos ni vacilaciones, sino con la confianza más cierta e inconmovible, con el amor misericordioso y omnipotente del Jesús de nuestro Sagrario y de nuestra Comunión, **porque es Jesús?**

Muy cerca, es verdad, muy encima y muy dentro de nosotros están la enfermedad, la pobreza, la tribulación, llámese como se llame. Pero más cerca, más encima y más dentro, y, por añadidura, con infinitamente más poder para hacernos bien, está el amor de Jesús Sacramentado.

¿Verdad, Jesús de los Sagrarios acompañados, que en medio de tantos rezos y cánticos y luces y flores, echas de menos lo que más te gustaría, o sea, ¡nuestros cuidados dejados a Ti! ¡El que contáramos contigo, el que nos fiáramos de Ti!?

Incienso de la confianza que se abandona en Jesús Sacramentado, ¡cómo necesitas perfumar y desinfectar los Sagrarios acompañados!

EPÍLOGO

230. He leído el santo Evangelio y he encontrado los verbos *no recibir, no reconocer, no creer, no agradecer o abandonar*, hartas veces repetidos, teniendo por sujetos de la acción a *los amigos*, y por término de la misma a *Jesús.*

Si yo pudiera abrir las puertas de oro, plata, bronce o madera de los Sagrarios más cuidados y visiblemente acompañados de todo el mundo y preguntar al Jesús que dentro de ellos vive:

¿Padeces aquí también abandono de amigos? ¿Te dan trato personal?

¿Qué respondería Jesús?

***

231. El primer viernes de marzo de 1910, surgió de mi Sagrario, que había padecido muchos abandonos, al eco de una respuesta muy triste de Jesús a esa pregunta, una Obra formada por almas juramentadas para declarar guerra y guerra sin cuartel a todo abandono, llámese soledad, desconocimiento, dureza, ingratitud, infidelidad, deslealtad para con Jesús en el Sagrario.

Ésa es la *Obra de los Sagrarios-Calvarios.*

Su lema: *a mayor abandono de los demás, más compañía propia.*

Su grito de guerra: *aunque todos... yo no.*

Su anhelo incesante: **DAR Y BUSCAR organizada y permanentemente, al Corazón de Jesús Sacramentado, REPARACIÓN...**

...de su ABANDONO (exterior e interior) de Misa, Comunión y presencia real...

...por la COMPAÑÍA de presencia, compasión, imitación y confianza.

En unión de María Inmaculada, del Discípulo fiel y de las Marías.

Con la fortaleza del Espíritu Santo, con las repetidas aprobaciones y estímulos del Papa y de los Obispos, con la gratitud de los enterados, el recelo de los no enterados y el odio y la guerra de los demonios del abandono, la Obra nació, vive y avanza sin cansancios ni desorientaciones.

¡Parece que Jesús va estando más contento en sus Sagrarios!...

Marías, Discípulos

232. Como habéis visto, el mar sin fondo ni riberas de las misericordias eucarísticas, ha sido convertido por los hombres en *mar negro de abandonos,* por las densas sombras que éstos proyectan...

¡A surcarlo en todas direcciones en vuestras barquillas de *reparadora compañía!* ¡Que el blanco y el morado de vuestras insignias, como velas de vuestras naves henchidas por el Espíritu santo, cubran y truequen pronto, muy pronto, el *mar negro de las misericordias despreciadas* en el *mar blanco y morado* de la Eucaristía bien creída, bien comida, bien compadecida, bien desagraviada, bien imitada y bien agradecida!

Sacerdotes, hermanos míos

233. ¡A poner entre estas dos palabras: *Sagrario y abandono,* la *presencia* más perenne de vuestros cuerpos y de vuestras almas. La *compasión* más sentida con los sentimientos

del Corazón de Jesús Sacramentado. La *imitación* más fiel de su vida eucarística. Y la *confianza* más rendida en su amor misericordioso!

Que cuando el dardo del *abandono* venga a clavarse en el Sagrario, se vea impelido a una de estas dos cosas: o a retroceder porque vosotros, los hombres del Sagrario, no lo dejáis pasar, o si esto no podéis, a llegar al Sagrario goteando sangre de vuestros corazones, lágrimas de vuestros ojos y esencia de vuestras vidas...

¡Que un mismo dardo atraviese dos corazones: el de Jesús-Hostia y el de su hostia-sacerdote!.